JOSÉ ZORRILLA

Traidor, inconfeso y mártir

DRAMA HISTÓRICO

en tres actos y en verso

ESCRITO EXPRESAMENTE

PARA EL BENEFICIO DE DOÑA MATILDE DIEZ

OCTAVA EDICION

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1917

TRAIDOR, INCONFESO Y MARTIR

TRAIDOR, INCONFESO Y MARTIR

DRAMA HISTÓRICO

en tres actos y en verso

escrito expresamente

PARA EL BENEFICIO DE DOÑA MATILDE DIEZ

POR

DON JOSE ZORRILLA

OCTAVA EDICIÓN

MADRID
R Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.°
TELÉFONO, NÚMERO 551
1917

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA AURORA	Doña M. Díez.
GABRIEL ESPINOSA	Don J. Romea.
DON RODRIGO DE SANTILLANA, alcalde de casa y corte	A. Barroso.
DON CÉSAR DE SANTILLANA, capitán de jinetes del primer tercio de Flandes	F. Romea.
ARBUÉS	P. Sobrado.
BURGOA Y NAO D'ANDRADE	
EL MARQUÉS DE TAVIRA	
EL DOCTOR N	
UN ESCRIBANO	
UN ALGUACIL	
UN CRIADO DE BURGOA	

Alguaciles, soldados y criados

La escena en los dos primeros actos, pasa en una posada de Valladolid, y en el tercero en Medina del Campo, en el año 1594 de N. S. J. C.

ACTO PRIMERO

Antesala de una posada de Valladolid. Puerta en el fondo, que da al exterior. Dos a la izquierda, que dan al interior. Ventana a la derecha.

ESCENA PRIMERA

BURGOA, que aparece: un CRIADO, que sale por el fondo

Criado Señor amo.
Burg. ¿Qué hay?
Criado Un hombre.
Burg. ¿Qué quiere?
Criado Veros.
Burg. Que pase.
Criado Entrad aquí, seor hidalgo.

ESCENA II

BURGOA y el MARQUÉS, embozado

Marq. Buenas noches.
Burg. Dios le guarde.
Marq. ¿Eres tú el huésped?
Burg. Yo soy.
Marq. ¿Luis Burgoa?
Burg. Y Nao d'Andrade.
Marq ¿Portugués?
Burg. Lo canta el nombre:
De alfontes en el Algarbe.
Marq. Paisanos somos.

Burg. ¿Sois vos
también?...
Marq. Escúchame y cállate.
Burg. Callo y escucho.
Marq. Esta noche
vendrá a pedirte hospedaje
en esta posada un hombre,
cuyas señas voy a darte
para que no le equivoques.
Edad, cuarenta años: traje
negro, cabello rapado,
barba crecida, semblante
pálido, mirada de águila,
sonrisa triste, andar grave.
Burg. Con tantas señas, señor,
que le equivoque no es fácil.
Marq. Aún faltan mas; una dama
en su compañía trae
de apenas diecisiete años,
y haciendo veces de paje,
viene sirviéndoles a ambos
un veterano de Flandes,
en quien, por más que se afana
por tosco labriego en darse,
se revelan a la legua
las costumbres militares.
Lo mismo sea sentirles
a tus puertas acercarse,
con luz y sombrero en mano
saldrás hasta los umbrales:
mandarás de sus caballos
cuidar, y sus equipajes
subir a los aposentos
mejores que puedas darles.
Les servirás a su antojo
los más sabrosos manjares,
y los vinos más añejos,
y entretanto que ocuparen
cuarto en tu posada, en ella
no recibirás a nadie.
Yo toda entera la alquilo
para ellos. Ahí va parte
del gasto que hacerte puedan;
cuando esa suma se acabe,
te rellenaré esa bolsa:
lo que sobre, para gajes
del huésped y de los mozos.
Adiós, y silencio, Andrade.

Burg. Un momento, caballero.
¿Y si ese hombre preguntare
quién paga su gasto?

Marq. Nada
digas.

Burg. ¿Y si se obstinase
en saberlo?

Marq. Guardarás
silencio, y la cuenta al darme,
tu silencio y sus porfías
pondrás como cantidades
en guarismos, y yo sólo
veré las sumas totales.
Perc ten cuenta, Burgoa:
porque el oro que aquí ganes
crecerá con tu prudencia
y te se irá con tu sangre;
porque indiscreciones de oro
con hierro es bien que se atajen,
y fortuna que se canta
siempre se la lleva el aire.

Burg. Señor...

Marq. Adiós, que no quiero
que aquí si llegan me hallen. (Vase.)

ESCENA III

BURGOA; después DON CÉSAR

Burg. ¡Aventura más extraña!
alguna apuesta, algún lance
de amor: pero ¿qué me importa
a mí? Lo que es indudable
es que el bolsillo está lleno
de doblillas; ¿para gajes
las que sobren? ¡Bah! lo menos
ciento por veinte. Adelante.

César Buenas noches. (Saliendo.)

Burg. ¿Qué se ofrece?

César Hablar con el dueño.

Burg. Habladle.

César ¿Eres tú?

Burg. Yo mismo.

César ¿Estamos
solos?

Burg. Sí.

César Atento estame.

Tres personas a tu puerta
vendrán muy pronto a apearse;
un hombre galán, de pálido
rostro y de noble talante,
una dama tan hermosa
como pintan a los ángeles,
y un escudero que tiene
mezcla de asistente y paje.
Dale lo mejor que tengas,
como a príncipes regálales:
lo que no poseas, cómpralo,
y en el precio no repares.
Ahí tienes doscientos pesos
en oro: cuando los gastes
en su servicio, me pides
más, y si sobran, por gajes
te los embolsas, con ceros
sumas y cuentas cabales.

Burg. Caballero, perdonad:
pero habéis llegado tarde.

César No te entiendo.

Burg. Un embozado
que salía cuando entrabais
os ha ganado la mano;
y para esos personajes
por quien os interesáis,
con palabras semejantes
a las vuestras ha alquilado
y pagado el hospedaje
de mi casa con el oro
de este bolsillo: miradle.

César ¿Y quién es ese embozado?

Burg. No le conozco.

César ¿Su traje,
su porte, ni sus palabras
indicios no pueden darte
de quién sea?

Burg. No, señor
militar: ni su semblante
vi jamás, ni haber oído
recuerdo en ninguna parte
su voz.

César ¿Es joven o viejo?

Burg. ¿No le habéis visto?

César En la calle
estaba ya cuando yo
llegaba a tu puerta, y casi
no puse atención en él.

Burg. Es un señor respetable,
de barba gris, noble y rico.
César ¿Noble y rico? ¿De qué sabes
que lo es si no le conoces?
Burg. Dan en él lo muy bastante
a conocer la riqueza,
su oro y modo de darle,
y la nobleza, además,
de su tono y de sus frases,
el aroma que se exhala
de su valona y sus guantes.
César ¡Pues, señor, cómo ha de ser!
dijiste bien, llego tarde.
Réstame, pues, solamente
mis ofertas reiterarte:
emplea ese oro a gusto
de quien lo da, y lo que falte
yo lo abono: y a otra cosa,
que el tiempo vuela. Melquiades,
acomoda los caballos
en la cuadra.
Burg. Dispensadme,
capitán; no puede ser.
César ¿Por qué?
Burg. Porque no hay vacante
un solo pesebre en ella.
César Pues en ese caso dame
un cuarto a mí y una cama,
y que se vaya Melquiades
con los caballos.
Burg. Tampoco
puedo serviros.
César ¡Bergante!
¿intentas burlas conmigo?
Burg. ¡Dios me libre de burlarme
de tan gallardo mancebo!
Mas tengo orden terminante
de aquel embozado incógnito
de no recibir a nadie
por esta noche en mi casa,
más que a ellos. Excusadme,
pues, capitán.
César (Se sienta.) Pues entonces
dame un bocado que el hambre
me satisfaga y un trago
que me remoje las fauces.
Burg. Señor, todo está comprado,
y nos cansamos en balde.

Pues que por esos viajeros
os interesáis, dejadles
libre la casa, y no hagáis
que yo a mi palabra falte.

César El caso es que a mí me importa
en esta casa quedarme
por esta noche, y es fuerza
que me quede.

Burg. Pues en grave
compromiso me ponéis
si os quedáis, y por mi parte
por cuantos medios me ocurran
estoy dispuesto a evitarle.

César ¿De modo que te propones
en la plazuela plantarme
en una noche como esta
con frío tal, oro y hambre?

Burg. Sí, señor.

César ¿Sin más razones?

Burg. Os llevo dadas bastantes.

César Pues señor, lo siento mucho;
mas fuerza es que te se alcance,
pues no eres tonto, que cuando
muestro empeño semejante
en hospedarme en tu casa,
no vine para marcharme
de ella otra vez despedido
como un buhonero errante.

Burg. Pues mirad cómo ha de ser.

César Así: toma, y lee si sabes. (Le da un papel.)

Burg. ¿Y qué es esto?

César Lee.

Burg. (Leyendo.) «Dará
»Luis Burgoa Nao d'Andrade
»alojamiento en su casa
»número dos de la calle
»de la Antigua, al capitán
»del primer tercio de Flandes
»don César de Santillana,
»con seis jinetes.»

César Cabales.
Burgoa, en nombre del rey
vas a ofrecerme de balde
lo que por oro me niegas.

Burg. La boleta haré que os cambien
a cualquier costa.

César Será
trabajo inútil: es tarde.

Burg. No importa, tengo dineros
y muy buenas amistades
hoy en el Ayuntamiento.

César Pues Burgoa, no las canses
inútilmente esta noche;
porque a más de que es mi padre
juez de la chancillería,
y de casa y corte alcalde,
tengo seis hombres
y un escudero, incapaces
de obedecer otras órdenes
que las que yo quiera darles,
que del umbral de la puerta
no permitirán que pases.
Conque cede a mis razones,
que son a fe terminantes,
y dame luz, cena y cuarto,
que con ese personaje
misterioso, seré yo
solamente el responsable
de todo, en nombre del rey.

Burg. Callo al rey.

César Y muy bien haces,
que contra el rey nadie es cuerdo
en oponerse. Melquiades,
toma luz y desensilla
a Ballardo: a acomodarme
voy en algún cuarto bajo,
para que cuando llegaren
esos huéspedes, en casa
ya pagada no me hallen.

Burg. Capitán, pues no hay remedio,
yo os ruego, con la más grande
humildad, que os alojéis
en una sala que cae
al huerto que tengo a espalda
de la casa.

César Que me place
te digo el alojamiento.
Vamos allá.
(Los dos a la puerta.)

Burg. Hacia esta parte
y en el fin del corredor
veréis una puerta grande
que da sobre esta escalera:
tomad el farol que arde
en el descanso; bajadla,
y Andrés os dará la llave

de vuestro cuarto, y decidle
que a vuestras gentes os llame.
Yo os enviaré buena cena
y fuego.

César. Dios te lo pague. (Vase.)

ESCENA IV

BURGOA; después DON RODRIGO

Burg. ¿Santillana y capitán,
y de los tercios de Flandes
y con la boleta en regla
y espada de gavilanes,
quién le resiste? El incógnito
se hará cargo del percance,
y tendrá su compañía
que sufrir y resignarse.
Contra el rey nadie es valiente.

Rod. ¡Há de esta casa! (Entrando.)

Burg. Adelante.

Rod. ¿Sois el dueño de ella?

Burg. Soy
Luis Burgoa.

Rod. Dios le guarde.

Burg. Mil gracias: lo mismo digo.
¿Qué se ofrece?

Rod. Que oiga y calle.
Esta noche a esta posada
vendrá un viejo a apearse
con una dama encubierta
y un escudero; hospedadles
con mucho agrado y servidles
sin dudar cuanto demanden:
su gasto corre por cuenta
del rey, y desde el instante
en que vuestra casa ocupen,
de ellos, de sus equipajes
y cuanto les pertenezca,
seréis vos el responsable.
Dejaréis entrar a todos
los que por él preguntaren:
a todos, quien quier que fueren;
mas no dejaréis a nadie
volver a salir. Abajo
tenéis unos militares
alojados, y las órdenes

competentes voy a darles
para que os presten auxilio,
y en caso de apuro guarden
las puertas. Conque, silencio
y adiós; volveré más tarde.

Burg. Señor, vuestra autoridad,
sea cual fuere, excusadme
que os pregunte a quién la honra
tengo de hablar.

Rod. Al alcalde
Rodrigo de Santillana.

Burg. ¡Jesucristo!

Rod. Dios le guarde.

ESCENA V

BURGOA

¡Dios nos asista! Con un
Santillana era bastante
para su mal; pero juntos
el capitán y el alcalde
pisándoles los talones...
Ya, ya están frescos los tales
viajeros. Los Santillanas..
raza de réprobos: aves
de mal agüero: golillas
todos: buhos de las cárceles
y de las horcas, que sólo
pronosticar pueden males.
Santillanas... ¡fuego en ellos
y en quien a casa los trae!
No hay portugués que no tenga
con ellos cuentas. Mas baste:
que Dios dirá. Gente llega.
¡Arbués!

(Al ir a entrar por el fondo sale Arbués de viaje, enlodado.)

ESCENA VI

BURGOA y ARBUÉS

Arb. No hay que incomodarse,
patrón: somos gente llana
mis amos y yo, y a nadie
gustamos de dar que hacer.

¿Hay aposentos capaces,
limpios y con buenas camas
para una dama, su padre,
su escudero y dos criados?

Burg. Sí, señor, los hay; y tales
que no habrá en palacio muchos
que en lo limpio les alcancen.

Arb. Pues poned en uno luces
para la dama.

Burg. Que bajen;
voy a mandar por los trastos
que traigáis.

Arb. Que no se cansen
vuestros mozos; ya los nuestros
suben con los equipajes.
(Suben los mozos con baúles.)
¿Dónde los pondrán?

Burg. Allí,
en esos cuartos.

Arb. (A los mozos.) Llevadles,
pues.

Burg. ¿Y la dama?

Arb. Se está
despidiendo de su padre.

Burg. ¿Pues qué, no se queda en casa
con ella?

Arb. Sí, mas tiene antes
que entregar unos breviarios
a un primo suyo que es fraile
en San Pablo, y tardará
tal vez, mas no hay que esperarle.

Burg. Marta, Ginés, a esa dama
alumbrad.

Arb. Ya llegan tarde,
patrón.
(Sale doña Aurora.)

Burg. ¡Qué! ¿Sin aguardar
que la sirvan?...

Arb. Si es más ágil
que un lancero, y nunca se anda
con cumplimientos.

ESCENA VII

ARBUÉS, BURGOA y DOÑA AURORA

Burg. (Aparte.) (Buen talle,
garboso andar, ¡y qué hermosa!
Dijo bien cuando a los ángeles
la comparó el capitán.)
Aur. ¿Sois el huésped?
Burg. Ordenadme,
señora; yo soy.
Aur. ¿Hay fuego
en mi aposento?
Burg. Y bujía,
y puede vueseñoría
disponer de él desde luego
y de toda mi posada.
Os mandaré a mi mujer
que os sirva.
Aur. No es menester;
yo me sirvo sola, y nada
necesito. ¿Arbués?
Arb. Señora.
Aur. Cuando vuelva, aunque sea tarde,
me avisarás.
Arb. A la hora
en que llegue.
Aur. (A Burgoa.) Dios os guarde.
Burg. ¿Tomaréis un refrigerio,
un tente en pie, para abrigo
del estómago?
Aur. ¿No os digo
que nada quiero? (Vase por la izquierda.)
Burg. ¡Qué imperio!

ESCENA VIII

ARBUÉS y BURGOA

Burg. ¿Y vos no cenáis?
Arb. Poco há
que comimos y costumbre
no tenemos.
Burg. A la lumbre

podéis venir, que la habrá
buena en el hogar.

Arb. No tengo
frío; podéis sin reparos
cuando queráis acostaros;
porque mi amo, os lo prevengo,
de que le sirva no gusta
nadie más que yo, que sé
sus mañas.

Burg. Tenéis a fe
buen trabajo.

Arb ¡Bah! Se ajusta
cada cual al que le toca
en esta vida: yo estoy
a su servicio y le doy
cumplimiento... y punto en boca,
que tengo sueño. Dejad
la llave a mano y a abrir
bajaré, cuando venir
le sienta; que echen, mandad,
pienso a los caballos, yo
de este sillón haré lecho.

Burg. ¿Dormiréis ahí?

Arb. ¡Pues no!
es costumbre y ya estoy hecho.

Burg. Pues para cuando me acueste
ahí queda la llave, y vos
os gobernaréis.

Arb. Adiós,
pues.

Burg. Descansar. (¡Mala peste
me coja si yo me acuesto
sin ver a ese hombre quedar
dentro de casa!) (Vase.)

Arb. Cerrar
no está demás. (Cierra la puerta del fondo.)

ESCENA IX

ARBUÉS; después DON CÉSAR

Arb. En mi puesto
heme ya.
(Se sienta en el sillón y llaman a la puerta del fondo.)
Han llamado.

César (Dentro.) ¿Arbués?

Arb. ¿Por mi nombre? ¿quién será?

César Alférez Arbués.
Arb. ¿Quién va?
César Abre a un amigo.
Arb. ¿Quién es?
César El capitán Santillana.
Arb. ¿Don César?
César Sí, date prisa,
Arbués, que nos interesa.
Arb. ¡Válame la soberana (Abre.)
Virgen! ¡Vos, mi capitán!
César No malgastemos, Arbués,
nuestro tiempo.
Arb. Hablad: ¿qué hay, pues?
César Las bocacalles están
tomadas alrededor
y conmigo hay seis soldados
en esta casa apostados.
Arb. ¿Y qué?
César Que es a tu señor.
a quien buscan. Si Gabriel
los umbrales de ella pasa,
Arbués, dentro de esta casa
todos sois presos con él.
Arb. No os dé pena, capitán;
mi amo, que lo sabe todo,
de hacer encontrará modo
inútil todo ese afán.
César El asunto no es materia
de chanzas; en la partida
sé yo que le va la vida.
Arb. ¡Diablo!
César La cuestión es seria.
Registrarán su equipaje
y hasta la misma persona:
y si razón no le abona
terminante, aquí su viaje
concluye: porque al misterio
de su vida dar alcance
quiere el rey.
Arb. ¿El rey?
César El lance
ves que no puede más serio
ser. Mi padre, don Rodrigo,
me ha encomendado su guarda,
diciéndome que le aguarda
pronto y ejemplar castigo.
Hasta ahora, a lo que creo,
de sus poderes abusa

la justicia, pues le acusa
a ciegas su buen deseo.
Mas he oído una expresión,
que a probarse con certeza
le va a costar la cabeza,
sea impostura o ambición.
Oyeme ahora. El destino,
por su bien o por mi mal,
me une a su sino fatal
y me arroja en su camino.
Instinto y veneración
por él en mi pecho ruegan,
y por Aurora me ciegan
cariño y adoración.
En el nombre de la ley
a espiarle a Madrigal
me enviaron, y cumplí mal
con las órdenes del rey.
Desde Madrigal os sigo.

Arb. Lo sabíamos.

César Tiempo es
de que sepamos, Arbués,
a qué atenernos. Conmigo
es preciso que Gabriel
hable esta noche: es forzoso
que este arcano misterioso
penetre a la par con él.
Hay un misterio tremendo
en su existencia la duda;
siempre me tendrá en su ayuda,
mas que se explique pretendo.
Yo quiero de cualquier modo
salvarle; quiero que a prueba
ponga mi fe y que me deba
su porvenir, en fin, todo
quiero comprenderlo, y sea
quien fuere, noble o villano
vil traidor o soberano
coronado, que en mí vea
un fiel amigo, un apoyo
presto a dividir con él
desde el sitial de un dosel,
hasta de la tumba el hoyo.

Arb. Que os ciega amor bien se ve.

César Arbués, si su amor merezco
y si mi mano la ofrezco...

Arb. No la admitirá.

César ¿Por qué?

Arb. Porque es Espinosa un hombre
que no quiere que se una
ni hombre alguno a su fortuna,
ni nombre alguno a su nombre.

César Yo los males que le afligen
acepto y sus opiniones,
sin pedir de ellas razones:
y si ocultarme su origen
les importa, nunca el nombre
preguntaré de mi esposa:
sea honrada y cariñosa,
y nada habrá que me asombre.

Arb. Estáis loco, capitán.
¿Queréis con un pastelero
emparentar?

César Arbués, quiero
salir de una vez de afán.
Te he dicho que mi destino
me lleva tras de Gabriel.

Arb. Pues es fuerza que huyáis de él;
echad por otro camino.

César ¡Arbués!

Arb. Yo sé lo que digo.
Vuestro ayo fuí; soy ya viejo
y daros puedo un consejo:
tomadle que es de un amigo.
Cumplid vuestra obligación
sin tropezar con Gabriel,
y el misterio que hay en él
dejad en su corazón.
Para vuestro amor, de roca
será su alma, y recelo
que no os dará ni consuelo
ni satisfacción su boca.

César Pues qué, ¿hace ese hombre un agravio
impunemente?

Arb. Lo que hace
no sé, mas no satisface
jamás.

César Pues bien, si su labio
satisfacción no me da,
yo le haré que hable sin gana
con mi acero.

Arb. Santillana,
en silencio os matará.

César ¿A mí?

Arb. Tal creo en conciencia.

César ¿Tiene algún filtro Gabriel?

Arb. No; mas acaso con él
pelea la omnipotencia.
Don César, tened a raya
vuestra locura y tomad
mi consejo: abandonad
la senda por donde él vaya.

César No puedo.

Arb. Una indiscreción
muy sandia sé que cometo;
mas voy a ser indiscreto,
porque tengo os obligación.

César Habla, habla.

Arb. Ese Gabriel
Espinosa, el pastelero,
tiene más de caballero
de lo que aparenta él.
Tres años há que le sigo
de su favor obligado,
que honra y vida me ha salvado,
y más que dueño es mi amigo.

César ¿Pero quién es?

Arb. Voy a ello.
Quién es... ¡sábenlo él y Dios!
Cuanto sé yo de él vais vos
a saber, mas bajo sello
guardadlo siempre.

César Concluyo.

Arb. Escuchad, pues, lo que sé,
y vos veréis de él a fe
si en pro o en contra os arguyo.
El sabe todas las leyes,
cuenta todas las historias,
los desastres y las glorias
de los europeos reyes.
El conoce los blasones
como un rey de armas; él mide
las noblezas; él decide
sobre razas y opiniones;
y tales fuerzas alcanza,
que con precisión certera
monta un potro a la carrera
y hace astillas una lanza
en el aire.

César ¡Jesucristo!
eso se cuenta también
de don...
(Arbués le tapa la boca con la mano.)

Arb. No digáis de quién;

de él yo lo cuento, y lo he visto.
Y en fin, os diré un secreto:
¿Conocíais a Quiñones
el teniente de dragones?

César Sí.

Arb. Sabéis que era el respeto
de los diestros en la esgrima,
porque jamás estocada
le hirió, mientras que su espada
veinte muertes le echó encima.

César Sí.

Arb. No ignoraréis que muerto
en Madrigal se le halló;
pues bien, Gabriel le mató
riñendo.

César ¿Cierto?

Arb. Tan cierto,
capitán, como es de noche.
De Gabriel en la hostería
con el alférez comía
yo una tarde, cuando un coche
paró a sus puertas, y de él
un embozado bajando
se entró hasta allí preguntando
si estaba en casa Gabriel.
Salió éste; y el forastero,
que ser mostraba en su porte
un gran señor de la corte,
llevó la mano al sombrero
al ir a hablarle; Quiñones,
de quien sabéis la insolencia,
con aquella impertinencia
peculiar de los matones,
dijo: «¡Hola! ¿esas tenemos?»
Mas no bien le oyó Gabriel,
cuando viniéndose a él
le asió por los dos extremos
del collarín del coleto
diciendo: «¡Hola, seor espía!
¡yo os haré, por vida mía,
que me guardéis el secreto!»
Y con muñeca de hierro,
zarandeándole de un lado
a otro, le echó derribado
bajo el banco como a un perro.
El teniente, puesto apenas
en pie, echó mano al acero
yéndose hacia el pastelero,

quien con miradas serenas
y voz grave e imperiosa,
nos dijo: «Echémonos fuera»;
y echamos por la escalera
los tres en pos de Espinosa.
Detrás de unos paredones
que hay debajo del camino,
paróse: fué su padrino
el otro, y yo el de Quiñones.
Capitán, juro a mi honor
que no he visto tal destreza
jamás, ni tanta firmeza,
serenidad y valor.
Era un maestro el teniente;
pero a las cuatro paradas
tenía tres estocadas:
rugía de ira, y valiente
atacaba: mas escrito
debió estar: tendióse a fondo
Gabriel, y cayó redondo
Quiñones, sin dar un grito.

César ¿Y Espinosa?

Arb Ni un rasguño
sacó: en silencio su espada
limpió, que estaba manchada
de sangre hasta el mismo puño,
y envainándola con calma,
nos dijo: «Quede lo hecho
sepultado en nuestro pecho,
y que Dios perdone su alma »
Y volviéndose a entrar
otra vez en la hostería,
no ha vuelto desde aquel día
a Quiñones a mentar.
Ahora, señor Santillana,
pues sabéis que hondo cariño
os cobré desde muy niño,
y os guardo afición cristiana,
creed a un amigo viejo:
por delante de Gabriel
pasar sin topar con él;
y agradecedme el consejo.

César Es tarde, y retroceder
no quiero. Resuelto a todo
vengo, y de uno u otro modo
esta noche le he de ver.

Arb. Yo no os lo puedo impedir;
pero hacéis mal: os lo advierto.

César — Más quiero por él ser muerto
que sin Aurora vivir.
Arb. — Allá os las hayáis.
Aur. — (Dentro.) ¡Arbués!
Arb. — Pronto, marchaos; es ella.
Aur. — (Dentro.)
¡Arbués!
(Arbués quiere obligar a don César a irse.)
César — Déjame la huella
besar de sus castos pies.
Aur. — ¡Capitán!

ESCENA X

DOÑA AURORA, DON CÉSAR y ARBUÉS

Aur. — (Saliendo.)
Oyendo estoy
a Arbués hablar ha una hora.
¿Es mi padre?
César — No; señora.
Aur. — ¡El capitán!
César — Sí, yo soy.
Arb. — Ver al señor pretendía;
le dije que ausente estaba:
insistía él, porfiaba
yo, y por eso se oía
hablar aquí, doña Aurora.
Aur. — Anduviste descortés
con el capitán, Arbués.
Arb. — Vuestro padre...
Aur. — Sin demora
me debiste de avisar
de su llegada, y al punto
saliera yo.
César — Sea asunto
concluído: él atajar
debió mi prudente paso.
Aur. — Si vos salís en su abono
yo su falta le perdono.
Sal.
(A Arbués, que se va.)

ESCENA XI

DON CÉSAR y DOÑA AURORA

Aur. ¿Puedo saber acaso
la causa que aquí os obliga
a presentaros ahora?
César Es un secreto, señora;
perdonad que no os le diga.
Confiarle sólo debo
a vuestro padre.
Aur. En tal caso. . (Retirándose.)
César Aguardad. (Deteniéndola.)
Aur. Decid.
César Acaso
vais a enojaros.
Aur. Me atrevo
a esperar de vuestro honor,
que no me osará decir
nada que no pueda oir
sin peligro o sin rubor.
César Nada, señora, ¡yo os juro
por la honra en que nací,
que nada oiréis de mí
que no sea noble y puro!
Aur. Hablad, pues.
César Que fuí sospecho
torpe por demás, señora,
si no habéis visto hasta ahora
el arcano de mi pecho.
Aur. ¿Cómo queréis que comprenda
secretos que en él guardáis,
si no me los reveláis?
César Si en los ojos una venda
de indiferencia y rigor
no os hubiérais puesto, Aurora,
me ahorrárais hacer ahora
la relación del amor.
Aur. ¿Con que amáis?
César Con frenesí.
Aur. ¿Pues y a quién?
César A un ángel.
Aur. ¡Oh!
¿Y os paga?
César Creo que no.
Aur. ¿Lo sabe?

César Creo que sí.
Aur. ¿Se lo habéis dicho.
César Jamás.
Aur. ¿Por qué?
César Porque es mi pasión,
más que amor, veneración:
idolatría quizás.
Es un amor que no tiene
en su vil naturaleza
un átomo de impureza;
amor que del cielo viene.
Es un innato cariño
tan casto como profundo,
tan puro como el armiño,
tan inmenso como el mundo.
Sin otro bien, ni otro dueño,
ni más afán, ni más guía
en la tierra, noche y día
con él vivo, con él sueño.
Un amor sublime, santo:
mas tan tirano, tan fiero,
que sus fuerzas considero
a mis solas con espanto:
porque no hay ley, no hay deber
que pueda mi corazón
al poder de mi pasión
con ventajas oponer.
Si la que amo me dijera:
«Sé traidor: véndete esclavo,»
mi fe llevando hasta el cabo
me infamara y me vendiera.
Aur. ¡Jesús, qué amor tan horrendo!
¿Dónde adquirido le habéis?
César ¿Os reís?
Aur. ¿Pues qué queréis
si os estáis contradiciendo?
César ¿Dó está la contradicción?
Aur. ¡Pues ahí es nada! ¿un cariño
tan puro como el armiño,
una sagrada pasión,
de cuyo infernal poder
creéis que os llegue a obligar
vuestro rey abandonar,
la libertad a vender?
César Sin vacilar un momento.
Aur. ¿Porque una mujer os ame
consentís en ser infame,
traidor y esclavo?

César Consiento.
Aur. Haceos un poco atrás.
César ¿Por qué?
Aur. Esa pasión que tanto
ponderáis, más que amor santo,
es amor de Satanás.
César ¡Infeliz del corazón
que tal amor no comprende!
Aur. Más lo es en el que se enciende
la llama de tal pasión.
César ¡No os mofárais de ella así
si la comprendiérais, no!
Aur. ¿Y quién os dice que yo
no guardo ese amor en mí?
César ¡Vos! (Sorprendido.)
Aur. Don César, sólo Dios
amor tan ciego merece.
César Amor es Dios, y enloquece.
Aur. Y loco estáis.
César ¡Ah! Por vos. (Se arrodilla.)
Aur. ¡Insensato!
César Por vos, sí:
yo os amo, Aurora, os adoro.
Aur. ¿Pues creéis que yo lo ignoro?
César ¡Cielos! (Alzase del suelo acercándose a Aurora.)
Aur. (Apartándose.)
No lleguéis a mí.
César ¿Me rechazáis?
Aur. ¡A fe mía!
Yo acepto vuestro respeto,
mas no quiero ser objeto
de una torpe idolatría.
No soy más que una mujer,
y del Criador hechura;
sólo como criatura
estimada quiero ser.
César Esas palabras, Aurora,
que una esperanza me dan...
Aur. Si tal creéis, capitán,
olvidadlas desde ahora.
César Me confundís, y no sé
unir con vuestra bondad
vuestro rigor.
Aur. En verdad
que yo tampoco sabré
tal arcano descifraros.
Lo que sí os sabré decir
es que no puedo admitir

vuestro amor: mas sin reparos
mi amistad toda os ofrezco.
Creedme: Dios me es testigo
de que os quiero por amigo,
mas por galán, no os merezco.

César ¡Cómo!

Aur. Os lo diré mejor,
y no me guardéis encono:
vuestra amistad ambiciono,
vuestra pasión me da horror.

César Me asombráis.

Aur. Es un arcano
que penetrar no podemos:
galán, jamás nos veremos;
amigo, aquí está mi mano.
(Doña Aurora le tiende la mano.)

César ¡Ah! Os entiendo. Compasión
os causó mi amor, y ahora
burlaos os plugo, Aurora,
con mi pobre corazón.
Mas esta mano que estrecho
sobre él, y que llevo al labio...
(Va a besar la mano; doña Aurora se lo impide.)

Aur. La boca le hará un agravio:
no la levantéis del pecho.

César Ese tono...

Aur. Es harto serio.

César No os comprendo. Si es capricho
de vuestro humor...

Aur. Ya os lo he dicho,
capitán: es un misterio
que yo no entiendo tampoco.

César Pues yo le penetraré.

Aur. ¿Cómo?

César A vuestro padre haré
que me lo explique.

Aur. Estáis loco.

César En eso parar espero
con vuestras contradicciones.

Aur. Pues oidme unas razones
terminantes, caballero.

César Hablad.

Aur. Me habéis ponderado
vuestra acendrada pasión,
y vais en mi corazón
a saber lo que hay guardado.
Hay un amor casto, ciego,
de mi pecho en la guarida,

tan largo como mi vida,
tan ardiente como el fuego.
Amor de goces tan suaves,
tan exento de dolores,
como el olor de las flores,
como el cantar de las aves.
Este amor es un cariño
tan ajeno de impureza,
como el que a tener empieza
naciendo a su madre el niño.
Hoguera es de inmenso ardor:
mas de su llama tranquila
no se extingue ni vacila
el constante resplandor.
En el duelo, en la ventura,
en la inquietud y en la calma
siempre en el fondo del alma
como una estrella fulgura:
y brilla su claridad
en su centro solitario
cual lámpara en un santuario,
cual faro en la tempestad.

César ¿Amáis?

Aur. Amo a un noble sér
de quien ignoro hasta el nombre:
le amo todo cuanto a un hombre
puede amar una mujer.
Le amo desde que le vi;
le amo con toda mi fe,
y al sepulcro bajaré
con su amor dentro de mí.
Con él sueño, con él vivo;
lo que él desea, apetezco;
lo que aborrece, aborrezco;
y mi corazón cautivo
de su sola voluntad,
a ella no más obedece;
él me dice: «Ama, aborrece»,
y amo y odio sin piedad.
Me dijo: «De ese mancebo
serás amiga.» Y yo os digo
que vos sois mi único amigo,
porque él lo quiere, y yo debo
quererlo; y si él me dijera:
«Véndete, esclava», ¡por Dios
os juro que, como vos
por mí, por él me vendiera!
Ya mi secreto sabéis.

Respetad de él, comedido,
lo que no hayáis comprendido;
y si no os satisfacéis
con las razones que os dan,
haced cuenta, en conclusión,
que nací sin corazón.
Buenas noches, capitán.

César Esperad.

Aur. Ni un solo instante:
el alma leal que abrigo,
franca está para el amigo
y muerta para el amante.
(Vase por la izquierda, cerrando la puerta.)

ESCENA XII

DON CÉSAR

¡Ama a un hombre, cuyo nombre
no conoce! Fascinada
está su alma, enamorada
por él. ¿Y quién es ese hombre?
Un año hace que le sigo
y a nadie he visto jamás
llegar. ¡Un enigma más
de los que llevan consigo!
Con él sueña, con él vive,
lo que él desea apetece;
él manda, y ella obedece
y sér de su sér recibe.
¡Oh! Sí: lo expresaban bien
sus ojos, su voz, su gesto.
Sí, encierra un amor funesto
su corazón. Pero, ¿a quién?
¡Ama a un hombre misterioso
de quien hasta el nombre ignora!
¿Ama y no a mí? ¡La traidora!
¡Sandio de mí! Estoy celoso.
Celoso, y tal vez acecha
la muerte aquí a ese Gabriel
de Espinosa. ¡Cielos! ¿Si él?...
¡Él!... ¡Estúpida sospecha!
Su padre... ¿Y si no lo es?
¿Si el misterio y soledad
que guardan de liviandad
fuera un velo infame? Arbués.

ESCENA XIII

DON CÉSAR y ARBUÉS

Arb. Aquí estoy.
César Pronto, responde:
Aurora a otro hombre ama.
¿Quién es? Di. ¿Cómo se llama?
¿Adónde está ahora? ¿Adónde
le vió? ¿Cuándo?
Arb. Capitán,
ya os previne que acercaros
a nosotros era echaros
en un abismo de afán;
y ya lo veis; un instante
nada más que habéis hablado
con ella, os ha trastornado
corazón, juicio y semblante.
César La amo, Arbués, y estoy celoso.
Dime por tu vida, Arbués.
¿Sabes bien si Gabriel es
su padre?
Arb. ¡Pues es chistoso!
César ¡Ay! de la duda la hiel
me emponzoña el corazón.
Arb. Pues no perdáis la ocasión
de consultarla con él.
César ¿Llega?
Arb. Le siento venir.
César ¡Cómo!
Arb. Acostumbra a silbar
recio.
César ¿Y silbó?
(Llaman: aldabonada.)
Arb. De llamar
acaban.
César Vé, pues, a abrir.
(Vase Arbués por el fondo llevando la llave.)
Es forzoso: le hablaré:
la vida en ello le va.
Si se obstina... mas no a fe,
primero le salvaré
y Dios amanecerá.

ESCENA XIV

DON CESAR, ARBUÉS y GABRIEL embozado

Gab. ¡Hola! señor capitán.
César Os aguardaba.
Gab. ¿Qué hay, pues?
César Solos.
Gab. Déjanos, Arbués.

ESCENA XV

DON CÉSAR y GABRIEL

Gab. Podéis hablar.
César Tal vez van
mis palabras a causaros
extrañeza.
Gab. No lo espero.
César Muy claro con vos ser quiero.
Gab. Pues no os andéis con reparos.
Con cuanta más claridad
habléis, vos, a mi entender
os debo yo comprender
con mayor facilidad.
César Yo soy...
Gab. (Interrumpiéndole.)
Os conozco bien:
adelante.
César En Madrigal
me acantoné de orden real...
Gab. Para guardarme; también
lo sé: adelante.
César Hoy en pos
de vuestros pasos...
Gab. Venís
por lo mismo: me decís
cosas que sé como vos.
César Pues bien: lo que según creo
ignoráis vos todavía,
os diré.
Gab. ¡Por vida mía,
capitán, que yo deseo
que algo nuevo me digáis!

César Pues oíd.

Gab. Estoy atento.

César La casa en este momento
está cercada, y estáis
preso en ella.

Gab. Ya lo sé.

César ¿Conque sabiéndolo ya
entrásteis?

Gab. Pues claro está.

César ¿Por voluntad?

Gab. Ya se ve.

César ¿Luego confiáis?...

Gab. En Dios
primero, y después en mí.

César ¿Sabéis que os acusan?

Gab. Sí.

César ¿De un delito?...

Gab. (Interrumpiéndole.) No, de dos.

César ¿Sabéis cuáles?

Gab. Sí por cierto.

César Pues a lo que se murmura,
cualquiera de ellos...

Gab. Segura
trae mi sentencia: soy muerto.

César ¿Con ella os chanceáis?

Gab. Sí tal.

César ¿Podréis probar?...

Gab. Una cosa.

César ¿Que sois?...

Gab. (Interrumpiéndole.)
Gabriel Espinosa,
pastelero en Madrigal.

César Podrán dudarlo tal vez.

Gab. ¿Por qué?

César Porque lo desmiente
vuestro gentil continente,
y es muy receloso el juez.

Gab. Dios me hizo así, y en mi mano
no está cambiar de figura.

César Diz que andáis con mucha holgura
para ser solo un villano.

Gab. Soy rico.

César Querrán papeles
que os acrediten de tal.

Gab. Resmas tengo en Madrigal
de los de envolver pasteles.

César ¿Hay algunos con pinturas?

Gab. Mil.

César ¿Son estampas de santos?
Gab. Hay de todo.
César ¿Y entre tantos,
hay conocidas figuras?
Gab. ¿Echáis menos, capitán,
alguna?
César No: mas ha un rato
que el juez buscaba un retrato
fiel del rey don Sebastián.
Gab. Siento no tener ninguno.
César Pues creo que el juez pretende
deteneros, porque entiende
que llevais sobre vos uno.
Gab. ¿Qué habría en que le llevara,
para que en mí se encarnicen
los golillas?
César (Mirándole atentamente.)
Es que dicen
que le llevais en la cara.
Gab. Ni es tan deforme la mía,
ni osara yo andar por cierto
con la cara que un rey muerto
usaba cuando vivía.
César Pues la justicia cree ver
en vos semejanza tal
con él, que de vos muy mal
sospecha.
Gab. ¡Cómo ha de ser!
(Un momento de pausa.)
César Yo os cobré afecto: fiad
vuestro secreto de mí,
y al depositarlo aquí
le echais en la eternidad.
Gab. Mozo, si tuviera un día
que fiar algo a algún hombre,
creed, os juro a mi nombre,
que de vos lo fiaría.
César Fiadme ese nombre, pues.
Gab. Gabriel: lo acabais de oir.
César ¡Os obstinais en morir!
Gab. Ley de los que nacen es.
César ¡No me entendéis!
Gab. ¡Vive Dios!
ni vos me entendéis tampoco
a mí.
César Parecéisme loco.
Gab. Y a mí mentecato vos.
Porque a la verdad, mancebo,

grima me da contemplaros,
así el seso devanaros
por decirme algo de nuevo.
Tras de tanto ir y venir,
¿no habéis echado de ver
que yo no quiero entender
lo que me queréis decir?
¿Os figurais que viví
entre el pueblo catorce años,
sin percibir los extraños
cuentos que corren de mí?
¿Pensais que es esta la vez
primera que en mí repara
el vulgo, y que cara a cara
me veo yo con un juez?
Venid acá, pobre niño.
¿Pensais que no conocí
que en vos germinó hacia mí
un simpático cariño?
Yo como en un libro leo
claro en vuestro corazón,
y bien de vuestra afición
la causa escondida veo,
Sé que a mí os atrae un nudo
cuyo mágico poder,
os hace ante mí poner
vuestro pecho por escudo.
Pero su atracción oculta
resistid: porque os advierto
que ese nudo con un muerto
os estrecha y os sepulta.
Resistid; porque un ser soy
que infesto el lugar que habito,
que cuanto toco marchito
y asolo por donde voy.

César ¿Qué me importa? el horror mismo
del misterio que hay en vos
de sí me arrebata en pos,
y ciego voy a su abismo.

Gab. ¡Mancebo!

César Con vos iré
por do quiera que vayais.
Oidme, y cuando sepais
mi secreto...

Gab. Ya lo sé.

César ¿Qué sabeis?

Gab. Cuanto ha pasado
por vuestro pecho hasta ahora:

no ignoro nada: de Aurora
sé que estais enamorado.
Sé que por ella me hablais,
y que tras ella venís,
y que por ella vivís,
y que con ella soñais.
¿Creeis que en vuestro semblante
no he conocido al entrar
que la acabábais de hablar?
Y en vuestro mustio talante,
¿creeis que no entiendo acaso
que el amor de vuestro pecho
al declararla, no ha hecho
de vuestras palabras caso?

César ¡Caballero!

Gab. ¡Qué demonio!
de todo estoy enterado,
hasta de que habeis pensado
pedírmela en matrimonio.

César Sí, que mi amor...

Gab. (Interrumpiéndole.) Sé que es grande,
profundo, honesto y leal:
pero es un amor fatal,
imposible.

César Que os demande
por qué dejad.

Gab. Lo primero,
porque si mal no me fundo,
no os quiere ella: lo segundo,
porque yo tampoco quiero.

César ¡Me escarnecéis!

Gab. ¡No, por Dios!
¿A qué viene el enojaros?
¿No queréis que hablemos claro?
Pues claro os hablo yo a uos.

César ¡Ea, pues!, claros hablemos,
y sepamos de una vez
a qué atenernos.

Gab. ¡Pardiez!
no alcéis la voz, que podemos
a las gentes de la casa
despertar, y creer pueden
cosas que aquí no suceden,
capitán.

César Lo que aquí pasa
es que quiero penetrar
el misterio que os rodea
y que es fuerza que así sea:

porque no he de tolerar
en calma, como un villano,
que tan sin razón los dos,
despreciéis mi amistad vos
y vuestra hija mi mano.
Confieso que el alma mía
del punto en que os llego a ver,
por vos comenzó a tener
misteriosa simpatía.
Confieso, sí, que amo a Aurora
con amor tan delirante,
que no hay acción que me espante
por ella; mas me devora
a par con el del amor,
el fuego de un justo enojo,
y no quiero a vuestro antojo
ceder sin razón mejor.
Soy noble, y cuando os ofrezco
mi raza unir con la vuestra,
que me deis más noble muestra
de lo que valeis merezco;
porque si no, con derecho
tendré por cosa segura,
lo que de vos se murmura
y lo que yo me sospecho.

Gab. ¿Y qué es lo que sospechais?

César Que sois...

Gab. ¿Quién?

César Un impostor,
y que desechais mi amor...

Gab. ¿Por qué?

César Porque vos la amais.

Gab. ¡Desdichado!

César Una de dos:
satisfacedme al momento,
o sepulcro este aposento
es para mí o para vos.

Gab. Niño, dándoles gran precio
la mayor satisfacción
que debo a tu protección
y a tu amor, es el desprecio.
Ve, pues, si te satisface
la de que no les admito,
porque el amor no me place,
y el favor no necesito.

César ¿Eso a mí?

Gab. Y antes que te abra
sepulcro, entiende que puedo

abismarte con un dedo
como con una palabra.

César Decídmela.

Gab. No la esperes.

César Pues bien, quiero en mi despecho
ser o muerto o satisfecho.

(Don César desenvaina su espada, yendo contra Gabriel. Este desenvaina la suya, poniéndose en guardia, en cuyo punto aparece Aurora.)

Gab. Sea, pues que tú lo quieres.

ESCENA XVI

GABRIEL, DON CESAR y DOÑA AURORA; después DON RODRIGO

Aur. ¡Teneos!

César Todo es en balde.

(La puerta del fondo se abre de repente y sale don Rodrigo, detrás del cual se ven cuatro soldados con mosquetes en la parte exterior de la puerta. Gabriel baja su espada, dando un paso atrás con tal rapidez, que el juez no pueda tener tiempo de apercibirse de que estaba en guardia.)

Rod. En nombre del Rey.

Gab. ¿Qué es eso?

Rod. Gabriel Espinosa, preso
sed.

Gab. Lo estoy, señor Alcalde.

Rod. ¿Cómo?

Gab. Ese mozo, sintiendo
que aun en vela andaba yo,
por esa ventana entró,
que me fugara temiendo:
hallándome en pie y armado,
darme a prisión me intimaba,
y mi espada le entregaba
cuando vos habeis entrado.

Rod. Vuestras armas y equipaje
quedan embargados.—De él
(A don César.)
y ellas te encargo. Gabriel
Espinosa, vuestro viaje
no os es dado continuar
hasta que duda no quede
de quién sois.

Gab. Su merced puede
cuando guste comenzar
sus indagaciones.

Rod. Luego
interrogar me es preciso
testigos; mas, ya os lo aviso,
preso estais.—Con él te entrego
(A don César).
aquella mujer.

Gab. Señora
se dice, Alcalde: esta dama
noble es cual vos, y se llama,
por buen nombre, doña Aurora.

Rod. Si es dama y noble, después
lo sabremos.

Gab. ¡Quiera Dios
que no os pese luego a vos
saberlo!

Rod. Excesiva es
vuestra arrogancia.

Gab. No tanta
como tener con vos puedo.

Rod. Nadie a mí me infunde miedo.

Gab. Pues a mí nadie me espanta.
Conque adelante.

Rod. Adelante.
Vos a ese cuarto, señora,
y vos dad la espada ahora
al capitán.

Gab. Al instante.
Ahí la tenéis, y os suplico,
(Alargando la espada sin soltarla.)
joven, que si no os enoja
me la guardéis, que es la hoja
buena y el puño muy rico.
(Gabriel entrega su espada a don César, quien, al mirarla, exclama asombrado.)

César ¡Jesús!

Gab. Ved con atención
su primor.

César ¡Corona real
tiene el pomo!

Gab. Y el tazón
las armas de Portugal.

Rod. ¡Hola! Pondréis a mi alcance
cómo hubisteis esa espada.

Gab. Dadlo por cosa alcanzada:
la compré en Cintra de lance.

Rod. (Acercándose y viendo la espada que tiene don César.)
¡Prenda regia!

Gab. ¡Por San Juan!
Ya lo creo: como que es
prenda de un rey portugués:
fué del rey don Sebastián.

Rod. (A don César, aparte.)
(César, guárdale, por Dios;
porque si se huye, perdemos
la cabeza ambos a dos.)

César (Ya lo sé.)
(Vase don Rodrigo por la puerta del fondo.)

ESCENA XVII

GABRIEL y DON CESAR. Don César va a acercarse a Gabriel con precipitación, éste le contiene con un gesto

Gab. No hagais extremos,
que os perdeis.

César ¿Pero sois vos?..

Gab. ¿Quién?

César El.

Gab. Porfiado estás.

César Pero...

Gab. ¿Y si fuese quizás?

César Muriera por vos, señor.

Gab. Dormir un poco es mejor.
Dejad a Dios lo demás.
(Vase por la izquierda, dejando a don César estupefacto.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

NOTA

Las escenas quinta, sexta, séptima, décima y undécima de este acto segundo, no hubieran podido ser terminadas por mí sin el eficaz auxilio de mi amigo don José María Díaz, que me ha ayudado a escribirlas, sacándome generosamente del atolladero en que me tenían metido las dificultades de su desempeño. Las variaciones, inversiones y adiciones que después han sufrido, las han dejado tales, que ni el Sr. Díaz ni yo seríamos probablemente capaces de distinguir en ellas los versos que a cada cual pertenecen: yo no debo, sin embargo, apropiarme la parte que no me corresponde de estas escenas; y si por ventura nuestra el público las aplaude, el Sr. Díaz tiene derecho a sus aplausos; lo que se complace en decir públicamente su mejor amigo,

José Zorrilla

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero

ESCENA PRIMERA

DON CESAR. Aparece sentado y meditabumbo

Dijo bien: no pertenece
a la tierra el ser de ese hombre.
¡Me fascina, me enloquece!
¡Que en derredor de su nombre
gira el mundo me parece!
Sí: de cuanto le rodea
es el eje, el punto fijo,
todo lo demas voltea
en torno suyo. Me dijo
que iba a dormir, pero vela;
no he cesado de sentir
sus pasos, por más cautela
que puso al ir y venir
por su aposento. Recela
que le sorprendan: previene
cauto el porvenir, y pienso
que entre su equipaje tiene
objetos que le conviene
no mostrar. ¿Es él? ¡Inmenso
riesgo corre!... ¿Y si no es?
¡Ay de mí! Siempre es de Aurora
padre, hermano... algo... A través
doy con todo: me devora
la impaciencia... Llamo, pues.
(Llama a la puerta por donde se fué Gabriel en la última escena del acto primero.)

ESCENA II

DON CESAR y GABRIEL

Gab. ¿Qué me quereis?
César Advertiros
de que mi padre, el Alcalde,
vendrá pronto.
Gab. Será en balde.
César No lo será el preveniros,
que toda la noche ha estado
declaraciones oyendo
de gentes que ha ido prendiendo.
Gab. Pues el tiempo ha malgastado.
César Vuestra situación es grave.
Gab. Lo sé.
César Quizás un proceso...
Gab. Vuestro padre anda ya en eso.
César ¿Culpado saldréis?
Gab. ¿Quién sabe?
César Mi padre es hombre tenaz.
Gab. ¡Pues a buena parte viene!
César Es que tal vez os condene.
Gab. Cumplo la pena y en paz.
César Mas, si antes que vuelva él
hacer prevención alguna
os importa...
Gab. ¿A mí? Ninguna.
César ¡Señor!
Gab. Llamadme Gabriel.
César Vos lo dijisteis: secreto
nos liga un nudo a los dos,
y siento a un tiempo por vos
inclinación y respeto.
Quisiera una prueba hallar
irrecusable que daros
de mi fe para obligaros
sin recelo a confiar
en mí.
Gab. ¡Vaya! ¡Estáis chistoso
por Dios. En este aposento
queríais hace un momento
atravesarme furioso,
¿y ahora mi confianza
conquistaros pretendéis
con ofertas? Ya sabéis

que la razón se me alcanza
de esa simpatía oculta
que me tenéis: y a respeto
muéveos sólo mi secreto,
que vuestra aprensión abulta
tanto, que seguís mi viaje
vos, y a atajarle se arroja
el juez, porque se os antoja
que soy un gran personaje.

César Las apariencias están
por ahora en contra vuestra.

Gab. Pues la verdad se demuestra
con la verdad, capitán.

César Pues bien: antes que un proceso
entable el juez contra vos,
valiera más, ¡vive Dios!...

Gab. ¿Que me diera por confeso
yo mismo; que haciendo justo
del juez el empeño, diera
por supuesto que yo era
no sé quién, y por dar gusto
él al rey, y diversión
al populacho, me ahorcara
y Aurora por vos quedara?
¿Es esa vuestra cuestión?

César No así abuséis imprudente
de ese misterioso influjo
que a respeto me redujo
para con vos, e insolente,
mi lealtad y mi amor
ultrajéis: ésta es sincera,
y mi pasión verdadera,
señor.

Gab. ¡Dale con señor!
Vos sois noble y yo villano,
vos sois gentil caballero
y yo humilde pastelero:
decid Gabriel liso y llano.

César Me vais a desesperar.

Gab. Y vos me vais a aburrir.

César ¡Vos ostinado en fingir!

Gab. ¡Vos empeñado en hablar!

César ¿Pronto a todo, fascinado
que estoy, por vos no miráis?

Gab. ¿Y os mando yo que tengáis
de mi porvenir cuidado?

César Una palabra tan solo.

Gab. ¿Vais a volver a lo mismo?

César De esperanza en este abismo
dadme un rayo.
Gab. ¿Cuál?
César Sin dolo,
prometedme responder
a una pregunta.
Gab. Si puedo
responderé.
César No hayáis miedo
que os pueda comprometer
la respuesta. ¿Sois de Aurora
padre?
Gab. No conoció más
que a mí por padre jamás.
César ¡Oh! ¡No lo sois!
Gab. En buen hora
que no lo soy os diré;
mas de este arcano la llave
tengo solo.
César ¿Ella no sabe?...
Gab. Nunca se lo revelé.
César ¿Y la amáis?
Gab. Mucho; quizás
mucho más de lo que debo.
César ¿Conque la guardáis?...
Gab. ¡Mancebo!
César Sí; para vuestra...
Gab. Jamás.
Pero tened desde aquí
y para siempre entendido,
que es mujer que no ha nacido
para vos ni para mí.
César ¡Cielos!
Gab. De toda esperanza
despedíos.
César ¿Ofrecida
está a Dios?
Gab. No; está elegida
para prenda de venganza.
César ¿Vuestra?
Gab. Yo no voy en pos
de venganzas.
César ¿Es quizás
de su familia?
Gab. De más
arriba.
César ¡Del rey!
Gab. De Dios.

César (¡Imposible atar un cabo!
¡Su sér parece que abarca
con altivez del monarca
la abnegación del esclavo!)

ESCENA III

DON CÉSAR, GABRIEL y un ALGUACIL

Alg. Su señoría el alcalde
don Rodrigo.
César En el momento
volved a vuestro aposento.
Gab. La entrevista será en balde.

ESCENA IV

DON CÉSAR y DON RODRIGO

Rod. ¿Seguros ambos?
César Seguros,
señor.
Rod. Todo lo recelo
de él, que es audaz.
César Sin embargo,
no temáis ningún extremo.
Rod. ¿Le has hablado?
César Sí, un instante.
Rod. ¿Y qué dice? ¿Muestra miedo
de la justicia?
César Ninguno.
Rod. ¿Bravea, eh?
César Nada de eso,
tranquilo está; tal vez tiene
de justificarse medios.
Rod. Imposible: en contra suya
tengo datos manifièstos.
César ¿Sabéis ya?...
Rod. Nada. Hilo a hilo
voy la madeja cogiendo.
Parece que hay en la vida
de ese hombre tales enredos,
que sólo a fuerza de maña
y paciencia, deshacerlos

es posible. Mas no es
lo que me trae más inquieto
lo intrincado del negocio,
que el laberinto estoy hecho
a recorrer de las leyes:
acósame el alma empero
una agitación, que no
sé distinguir con acierto,
si es afán o repugnancia,
si es duda o presentimiento.
Hay un punto de la historia
de ese hombre, cuyo misterio
del tiempo de mi mayor
pesar me trae un recuerdo.

César ¿De cuándo?

Rod. Tú no lo sabes
eras aún pequeñuelo.
Luego estas causas políticas
de Portugal, me trajeron
siempre desgracias. Parece
que el destino con empeño
fatal para mí, me pone
portugueses siempre en medio
de mi camino. Seis años
anduve por aquel reino
en comisión especial
los rebeldes persiguiendo,
y como todos conspiran
contra el rey y su gobierno,
yo soy allí detestado.

César ¿Fuistéis quizá muy severo?

Rod. Fuí de Felipe segundo
leal servidor. Tan terco
como ellos en resistirse,
fuí yo en desplomar sobre ellos
todo el rigor de las leyes,
y a fe que no me arrepiento.
Rebeldes eran: cumplí
con mi obligación: más tengo
todavía que volverles
cierta partida, y si puedo
quedarán tan bien pagados
como yo bien satisfecho.
Mas las horas vuelan, César,
déjame aquí con el preso.
Guarda esa puerta por fuera
y si llamo acude presto.

ESCENA V

DON RODRIGO DE SANTILLANA

Las diligencias primeras
terminaron, y el proceso
está entablado. ¡Malditos
portugueses!... ¡Qué de enredos!
Dieciséis, y gente toda
de probidad, de respeto
y hasta de ciencia, declaran
que en el fondo de su pecho
existe la convicción
de que el trágico suceso
es falso, y que están seguros
de que en Africa no ha muerto.
Unos en Cintra le han visto,
y en Cintra fué donde él mesmo
dijo que compró su espada.
Otros cruzando le vieron
el Tajo una tarde: el fraile
dice que en su monasterio
le rezó él mismo una misa
antes del alba, y a esto
para obligarle, del Papa
le mostró bula, y que cierto
está de que él era: y todos
afirman con juramento
que fueron a Madrigal
y que le reconocieron.
Ahora bien, señor alcalde,
pise su merced con tiento,
que es la tierra escurridiza.
O es él, o no: en los decretos
de Dios todo cabe, y todo
cabe en los humanos yerros.
Si en verdad es él, alcalde,
no será en verdad muy cuerdo
ahorcarle sin dar al rey
de todo aviso primero.
Si es un impostor... también
le avisaré, y a lo menos
si se yerra, entre los dos
el error compartiremos.

ESCENA VI

DON RODRIGO y GABRIEL

Rod. ¡Hidalgo!
Gab. Más alto pico.
Rod. ¿Caballero?
Gab. Todavía
más alto.
Rod. Su señoría
me excuse si no le aplico
su título verdadero:
mas hablemos un instante,
y de hoy para en adelante
no erraré en él: porque espero
que aquí, y a solas los dos,
me diréis la jerarquía
que ocupáis.
Gab. Su señoría
espera bien, pues por Dios,
que sabiendo yo quién es,
debo de hablar sin reparo.
Rod. Eso quiero, que habléis claro.
Gab. Ya veréis.
Rod. Decidme, pues,
señor Gabriel.
(Don Rodrigo va a sentarse a la mesa.)
Gab. Un momento
señor don Rodrigo.
Rod. ¿Qué?
Gab. ¿Vais a sentaros?
Rod. Sí a fe. (Se sienta.)
(Gabriel trae con mucha calma una silla, y la coloca frente a la mesa de don Rodrigo.)
¿Qué hacéis?
Gab. Lo mismo; me siento.
Rod. Yo soy alcalde de corte.
Gab. Sí: mas no sabéis quién soy
yo, y si mal o bien estoy
sentado ante vos.
Rod. ¿Del porte
audaz que usais conmigo,
buenas razones supongo
que me daréis?
Gab. Me propongo
hacerlo así.

Rod. Pues prosigo.
Gab. Seguid.
Rod. La duda primera
que al escucharos me asalta,
es la de que nombre os falta
digno de vuestra alta esfera.
Gab. Lo tengo.
Rod. Pues no lo sé.
Gab. Gabriel Espinosa.
Rod. ¿Un tal
pastelero en Madrigal?
Gab. Sí.
Rod. Pues poneos en pie,
señor pastelero. (Gabriel se levanta.)
Así:
ante el juez sólo se sienta
quien altos títulos cuenta.
Gab. Como me sucede a mí.
(Se vuelve a sentar.)
Rod. (Aparte.)
(Ir le tengo de dejar
por donde quiera, y a ver.)
Gab. (Aparte.)
(Pienso que mi proceder
le empieza a desconcertar.)
Rod. ¿Pues cómo oficio tan bajo
siendo tan alto elegís?
Gab. Por vivir, cual vos vivís
de la ley, de mi trabajo.
Rod. Mas mi toga y aranceles
no deshonran.
Gab. No a fe mía:
pero yo hacer no sabía
otra cosa que pasteles.
Rod. (No es lerdo el señor Gabriel.)
Gab. (Astuto es el don Rodrigo.)
Rod. (Por aquí nada consigo,
pero yo daré con él
en tierra al fin.) ¡Caballero!
Gab. Mandad.
Rod. Una relación
que os llamará la atención
contaros quisiera.
Gab. Espero
que será por lo galana,
lo discreta y lo curiosa,
la invención más ingeniosa
del señor de Santillana.

Rod. Pues oid. Buen capitán,
más que Rey, de fe tesoro,
allá en las playas del moro
murió el rey don Sebastián.
¿Supongo que de una historia
tan pública oísteis algo?

Gab. ¡Si viérais qué poco valgo
en esto de la memoria!

Rod. En vuestro horno no me extraña
que estéis de noticias falto.

Gab. Sé que a su muerte, de un salto
pasó Portugal a España.

Rod. Justo: más hoy los noveles
vasallos, por sacudir
sus leyes, dan en decir
a los pueblos a ellas fieles
que ha sido una usurpación,
y pregonan de concierto
del rey en Africa muerto
la fausta resurrección.

Gab. ¡Oiga! No está mal pensado.

Rod. No, mas la dificultad
era el dar en realidad
con el rey resucitado.
Buscósele con esmero,
y hallóse por toda cosa
un tal Gabriel Espinosa,
en Madrigal pastelero.

Gab. Vamos, ya caigo; el error
de esta semejanza mía
hizo a vuestra señoría
creer que soy..,

Rod. (Interrumpiéndole.) Un impostor.

Gab. ¿Quién lo dice?

Rod. Yo lo digo,
y el rey Felipe y el mundo
entero.

Gab. Pues miente el mundo
y el rey, y vos, don Rodrigo.

Rod. Inútil es vuestra audacia:
testigos tengo allá fuera
que os acusan por do quiera
por impostor.

Gab. ¡Vaya en gracia!
Mas permitid que os arguya:
para llamarme impostor,
esa impostura, señor,
ha de ser mía y no suya.

¿Y dónde hay hombre capaz
de jurar que he dicho yo
que era el rey?

Rod. Vos mismo, no.

Gab. Entonces dejadme en paz.
Si yo me parezco a un rey,
y el vulgo por rey me tiene;
citar al vulgo os conviene,
pero no a mí, ante la ley.

Rod. ¡Espinosa!

Gab. Don Rodrigo,
aunque en leyes sois muy ducho,
os falta que aprender mucho
para habéroslas conmigo.
¿Cree, buen juez, vuestra altiveza,
que a ser yo el que habéis pensado
estaríais vos sentado
(Don Rodrigo se levanta y se descubre conforme va hablando Gabriel.)
y cubierta la cabeza?
Rodrigo de Santillana,
a ser yo el que habéis creído,
hubiérais vos ya salido,
¡vive Dios!, por la ventana.

Rod. (Por quien soy, que me ha turbado.
¿Si contarán con razón
lo de la resurrección?)

Gab. (¡Pobre juez!)

Rod. (No habría osado
palabras tan arrogantes
decir.) Señor... Si en mal hora...

Gab. Ni tan bajo como ahora,
ni tan alto como antes.

Rod. (Tanta majestad me asombra.)
Gabriel, quien quier que seáis,
manda en mí el Rey que digais
quién sois, en fin.

Gab. Una sombra;
y porque acabemos, voy,
y afanes para excusaros,
señor Santillana, a daros
cuenta exacta de quién soy.
Nací donde quiso Dios:
si de noble raza, bien
se demuestra en mí: de quién,
me importa callar, y a vos
saber de mí no os importa;
prestadme, empero, atención,

pues va a ser mi relación,
cuanto complicada, corta.
Apenas cumplí la edad
que se llama juventud,
con loca solicitud,
con ciega temeridad,
abandoné mis hogares,
y en más remoto hemisferio,
dueño del mayor imperio,
pirata fuí de los mares.
En ellos, profundo osario
de cien bajeles, guerrero
alcé mi estandarte fiero
de Asia y Europa corsario,
y amontoné más tesoros
que guarda el mar en su centro
y arenas quemadas dentro
de sus desiertos los moros.
Ebrio con tanta riqueza,
dejé mi gente y la mar,
queriendo en tierra ostentar
mi valor y mi grandeza,
y con el nombre supuesto
de marqués de Mari-Alba,
al lado del duque de Alba
gané en sus glorias un puesto
y en la cabeza esta herida; (La muestra.)
bien es que al que me la abrió,
con mi espada le abrí yo
las puertas de la otra vida.

Rod. No os daría poca pena
después.

Gab. ¡Fué un fatal desliz!...

Rod. No es mala la cicatriz. (Mirándole a la frente.)

Gab. La cuchillada fué buena.
No me tendió, sin embargo;
el furor me mantenía,
y combatí todavía
hasta caer, tiempo largo.
Mas, harto al fin del oficio
de lidiar en tierra firme,
licencia para salirme
por entonces del servicio
al duque de Alba pedí;
diómela el duque cortés,
y vedla. (Lo da un papel.)

Rod. Su firma es;
para el Marqués...

Gab. Para mí.
Di, pues, vuelta hacia la corte,
sirviéndome mucho en ella,
primero, mi buena estrella,
después, mi lujoso porte.
Por ese tiempo, de vos
nadie hablaba todavía,
y a mí el Rey me recibía
con grande amistad.

Rod. (¡Gran Dios,
entonces fué cuando vino
el Monarca portugués
a Castilla! ¡Será, pues,
este hombre!) ¿Quién previno
más festejos a usarced?

Gab. No hay por qué ocultarlo al fin:
el conde de Medellín
con tantos me hizo merced,
que corresponder no supe,
como era mi obligación.

Rod. ¿Y os tuvo tal atención
en Madrid?

Gab. No, en Guadalupe.

Rod. ¿En ese pueblo?

Gab. Sí tal.

Rod. No recuerdo que de allí...

Gab. Al Rey de España en él vi
junto al Rey de Portugal.
Después... abrid, Santillana,
un paréntesis aquí,
y poned en él de mí
cuanto mal os diere gana.
Básteos saber, don Rodrigo.
que perdí mi oro y mi gloria
sin que una buena memoria
me quedara, ni un amigo.
Por tierra extranjera anduve
errante, como un bandido,
y el pan que en ella he comido
que mendigármelo tuve.
¿Mas el desengaño, al fin,
qué ánimo feroz no doma?
Llegué arrepentido a Roma
remando en un bergartín.
Visité a Su Santidad:
confesión le hice de todo,
y el Santo Padre halló modo
de absolverme en su piedad,

dándome por penitencia
de los pecados sin cuento
que abrasan mi pensamiento
y me abruman la conciencia,
que emprendiera el viaje entero
del Santo Sepulcro a pie.

Rod. ¿Y lo hicísteis?

Gab. Por la fe
lo juro de caballero.
Y aun fué más: Su Santidad
me ordenó que renunciara
mi jerarquía y que echara
mi nombre en la eternidad.
He aquí por qué no os lo digo.
Penitente le arrojé
dentro de ella, y le olvidé
para siempre, don Rodrigo.

Rod. ¡Interesante proemio!
Y a ser tan cierto...

Gab. Lo es tanto,
que tengo del Padre Santo
por testimonio y por premio
esta bula. Me conviene
que la leais. (Le da otro papel.)

Rod. Os la tomo.
No está vuestro nombre.

Gab. ¿Y cómo,
si a quien se dió no le tiene?

Rod. Proseguid.

Gab. Mi protector,
el Papa, en sus santos juicios,
utilizar mis servicios
imaginó, y fiador
constituyéndose mío,
me envió a un poderoso Estado,
que al verme tan bien fiado
fió un bajel a mi brío.
Venecia fué nuevamente
del corsario protectora:
ved de tan noble señora,
don Rodrigo, la patente.
(Le da otro papel.)
Volví al mar: del africano
las costas guardando anduve,
y en un combate que tuve
los dos dedos de esta mano
perdí; mas su nave, hundida,
cogí a mi enemigo preso.

La mano llevo por eso
siempre en el guante metida.
El rumbo a Venecia di
contento, cuando topé
con un barco de no sé
qué argelino, resolví
abordarle, y por despojo
de esta sangrienta jornada,
rescaté una desgraciada
niña, a quien con noble arrojo
defendía un pobre anciano,
y a quien, según esperaba,
iba a vender por esclava
el argelino inhumano.

Rod. ¿Y esa niña es doña Aurora?
Gab. Que pasa por hija mía.
Rod. ¿Familia, pues, no tenía?
Gab. Y tiene.
Rod. ¿Por qué hasta ahora
no se la habéis vos devuelto?
Gab. Necesito presentar
documentos que probar
puedan que es ella, y resuelto
estoy conmigo a guardarla
mientras tanto.
Rod. ¿Y dónde estan
los documentos?
Gab. Vendrán
muy pronto; porque entregarla
mucho a sus padres me importa.
Rod. Pensáis que él os dé...
Gab. Al contrario:
las riquezas del corsario
son para ella.
Rod. Porción corta
no será.
Gab. ¡No habrá a fe mía
quien competirla pretenda!
Millones tiene en hacienda,
millones en pedrería.
Rod. ¿Dónde?
Gab. En Venecia.
Rod. ¿Estarán
en el poder?...
Gab. Del Estado:
es ahijada del Senado
serenísimo, y tendrán
que devolvérsela salva

sus parientes a Venecia
rica y libre, cual la precia
el marqués de Mari-Alba.
Ya nuestra historia sabéis,
a qué vine a Madrigal
y a qué voy a Portugal,
indagadlo si podéis.
Ni sabréis de mí otra cosa,
ni nadie más de mí sabe.
Sólo Dios tiene la llave
del corazón de Espinosa;
y si más de lo que digo
saber importa a la ley,
llevadme a Madrid, el Rey
me conoce, don Rodrigo.

Rod. (Su altivez en confusión
me pone, y su majestad
me asombra. ¿Será verdad
lo de la resurrección?
Si miente, lo hace con tal
aplomo y con tanta fe,
que a poco más le daré
por el Rey de Portugal.
Mas no ha de quedar por mí:
yo he de apurar este arcano:
no dirán que de un villano
impostor juguete fuí.)
(Llama don Rodrigo y habla en secreto con un alguacil, que se vuelve a marchar.)

Gab. (¿Secretos con el ministro
de justicia? Estoy al cabo:
tenemos careo: alabo
por sorprendente el registro.)

ESCENA VII

DON RODRIGO, GABRIEL y el MARQUÉS DE TAVIRA. Gabriel se aparta a un lado, y, sentándose, se mantiene en toda esta escena dando la espalda al Marqués

Rod. Señor Marqués, perdonad
si cumpliendo obligaciones
de juez...

Marq. Vuestras atenciones
os agradezco, en verdad;
pero advertid que mañana
quiero dejar a Castilla,

y que el mesón de una villa
no es el lugar, Santillana,
que me conviene: os prevengo
que hombre soy muy principal
y de todo Portugal
la sangre más limpia tengo.

Gab. (Aparte.)
(Si mi mente no delira,
por Dios, que está en mi presencia
la hinchada magnificencia
del buen Marqués de Tavira.)

Rod. No os he de faltar en nada;
mas quiero que me digáis
sin doblez, cuanto sepais
de aquella fatal jornada
de Africa: corre el rumor
por ahí de que no es cierto
que don Sebastián ha muerto;
y aun hay algún impostor
que usurpa su augusto nombre.

Gab. (Mirándole.)
(Y el gesto y el ademán.
¡Pobre rey don Sebastián
si en manos cae de ese hombre!)

Rod. Conque decid, ¿es verdad
que en Africa el rey murió?
Que allá estuvísteis sé yo
con toda seguridad.
Hablad, Marqués de Tavira,
vuestra nobleza es notoria:
no echéis en su ejecutoria
el borrón de una mentira.

Marq. Inexperto capitán,
de mi edad en el vigor
esclavo fué mi valor
de mi rey don Sebastián.
Juntos un mismo bajel
a tierras del africano
nos llevó; como un hermano
al combate fuí con él.
Un mar de sangre corrió:
pero al partirse, la suerte
sólo el baldón y la muerte
a nosotros nos tocó.

Gab. (No sé por qué la memoria
de este lance me enternece
y mi irrita: no parece
sino que cuentan mi historia.)

Marq. El rey, que escudo y celada
tiró para más grandeza
de valor, en la cabeza
recibió una cuchillada
tal, que la frente serena
le rajó hasta la nariz.

Rod. (A Gabriel.)
¡No es mala esa cicatriz!
La cuchillada fué buena.
Seguid. (Al Marqués.)

Marq. El rey, nuevo Marte
de tan sangrienta jornada,
continuó rota la espada
defendiendo su estandarte.
hasta que el filo fatal
de un yatagán africano,
segó de su izquierda mano
dos dedos.

Rod. (A Gabriel.) Si no oí mal,
me habéis dicho...

Gab. (Con calma y sin volverse.)
Que perdí
dos dedos en un combate
naval.

Rod. Marqués, el remate
de la batalla.

Marq. Caí
bajo un hachazo a los pies
de mi rey... y no viví más;
perdí el sentido.

Rod. Quizás
al recobrarlo después...

Marq. Ya no lo hallé: con la luna
tomé del mar el camino,
maltratado peregrino,
caballero sin fortuna,
llevando en el corazón
el recuerdo de una hazaña,
que será, no para España,
para su rey, un baldón.

Rod. ¡Señor Marques de Tavira!
esa frase infamatoria...

Marq. No tendrá mi ejecutoria
el borrón de una mentira,

Rod. Con que, en fin, ¿el rey murió?

Marq. No lo sé, ¡por vida mía!
Si lo supiera os diría,
señor alcalde, que no.

Rod. (Al Marqués, llevándole aparte.)
¿Buena memoria tenéis?
Marq. Buena.
Rod. ¿Y vista?
Marq. Perspicaz.
Rod. Si vive y le véis, ¿capaz
de conocerle seréis?
Marq. ¡Si vive habéis dicho!
Rod. Sí.
Marq. ¿Tenéis, pues, noticias de él?
Rod. ¿Recibísteis un papel
anónimo?
Marq. Recibí
uno ayer.
Rod. ¿Y qué os decía?
Marq. Las señas de un personaje
me daban, que iba de viaje
y aquí a hospedarse vendría.
Mandábanme a un comerciante
que me daría dinero
para pagar del viajero
el gasto, y que en el instante
fuera a cobrarlo y corriera
con el pago, y tras el tal
viajero hacia Portugal
la vuelta sin falta diera.
Rod. ¿Y cobrásteis?
Marq. Si cobré.
Rod. ¿Y pagásteis?
Marq. ¿Pues cobrado
por mí, no fuera pagado?
Rod. Perdonad; ¿e ireis?
Marq. Iré.
Rod. ¿Luego sabéis de quién es
el anónimo?
Marq. Aunque no
lo sé, jamás me engañó
en uno.
Rod. ¿Os ha escrito, pues,
otros?
Marq. Varios.
Rod. Sobre asuntos...
Marq. Secretos.
Rod. Mas ¿ciertos?
Marq. Sí.
Siempre que salieron, ví
ciertos en todos sus puntos.

Gab. (Aparte.)
¡(Con famosos servidores
cuenta el rey don Sebastián!
¡Pobres reyes! ¡Siempre dan
con tontos o con traidores!)
Marq. Si he concluído, no es cosa
de estarme aquí sin provecho.
Rod. Perdonadme que aún insista:
mas ya que memoria y vista
tenéis, de ese hombre en acecho
estad, y del rey en nombre
os mando decir, Marqués,
si le conocéis, quién es.
Gab. (Aparte.)
(Santillana es todo un hombre.)
Marq. (Aparte.)
(¿Qué diablos de juego es este?
¡Posición más engorrosa!)
Rod. (A Gabriel.)
Señor Gabriel Espinosa,
permitid que os manifieste
que habéis descortés andado
con el Marqués de Tavira,
que está mirandoos con ira.
Gab. ¿Se lo habéis vos ordenado?
Rod. Ved que son los portugueses
quisquillosos; despedidle
al menos: vamos, decidle
cuatro palabras corteses.
Gab. Voy, pues que vos lo queréis.
Rod. (Yo apuraré la mentira.)
Gab. ¿Señor Marqués de Tavira?
Marq. ¡Jesucristo!
Gab. ¿Qué tenéis?
Marq. ¡Señor... sois vos... aún vivís?
Gab. ¡Si vivo!, ¿pues no lo veis?
¡Pero qué diablo decís!
Marq. ¡Ese gesto, ese ademán,
esa voz, ese semblante
que no olvidé ni un instante!
Es el rey don Sebastián. (Cae de rodillas.)
Gab. ¡Imbécil!, ¿a ser de cierto
don Sebastián, no reparas
que antes que me delataras
a mis pies te hubiera muerto?
Marq. ¡Jesús!
Gab. ¿Señor Santillana,
que sé, dareis por supuesto,

que sois vos quien me ha dispuesto
una farsa tan villana?

Rod. ¡Yo! ¡Farsa!... ¿y con qué interés?

Gab. Salta a los ojos: es fuerza
que ya la opinión se tuerza
del buen pueblo portugués.
Interesa a un impostor
ahorcar porque más en él
no espere, y soy yo, Gabriel,
el que os parece mejor.
Ya veis que os he comprendido.
Vos y ese hombre los traidores
sois aquí y los impostores:
con él estais convenido.

Rod. ¡Yo!

Gab. Traedme otro marqués
como ese: aunque sean doce.
Ni ese sandio me conoce,
ni es noble ni portugués.

(Gabriel se mete desenfadadamente en su cuarto, dejando estupefactos al Marqués y a don Rodrigo.)

ESCENA VIII

DON RODRIGO y el MARQUÉS DE TAVIRA

Rod. Ese hombre me va a volver
el juicio a mí ¡Por mi vida
que está buena la salida!
No me queda más que ver.
Mas me pone en confusión
su aplomo, su majestad
y su audacia... ¿habrá verdad
en esta resurrección?

Marq. Sandio dijo... sandio soy,
mas contenerme no pude.

Rod. ¿Es él?

Marq. No habrá quien lo dude.

Rod. ¿Estais seguro?

Marq. Lo estoy.

Rod. ¿Engañado no os habrán
vuestro error y su apariencia?

Marq. No.

Rod. ¿Jurárais en conciencia?

Marq. Que es el rey don Sebastián.

Rod. (Llamando)
El capitán Santillana.

ESCENA IX

DON RODRIGO, el MARQUÉS y DON CÉSAR

Rod. Ruégoos que me perdoneis,
señor Marqués, mas me obliga
mi deber a hacer que el viaje
suspendáis.

Marq. (Ya no podría
continuarle: ya le he visto
y a verle nada más iba.)

Rod. (Escucha, César.) (Aparte a don César.)

César (Decid.)

Rod. Antes de que apunte el día
deben de partir los presos.

César ¿Adónde van?

Rod. A Medina
del Campo.

César ¿Pues qué razones
hay?

Rod. Dos: aquí la atrevida
audacia de algunos pocos
que mucho a Gabriel estiman,
pudiera hacer un arresto
y burlar a la justicia.

César ¿Sabeis pues?...

Rod. Yo no sé nada.
La situación se complica
de tal modo, que no hay ciencia
ni sagacidad que sirvan
para dominarla. Doña
Ana de Austria, sobrina
del rey y abadesa ahora
de las monjas Agustinas
de Madrigal, y otras muchas
personas como ellas dignas
de respeto, es menester
que declaren. En la villa
de Madrigal peligroso
fuera instalarme: en Medina
hay cárcel segura, estoy
casi a la distancia misma
de aquí que de Madrigal,
y hay algunas compañías
de arcabuceros.

César ¿Pues tantas
precauciones son precisas?
Rod. Todas son pocas tratándose
de una cabeza proscrita,
que puede hacer la desgracia
de toda una monarquía.
Tú le escoltarás, y luego
partirás a toda prisa
a la corte, para el rey
con una consulta mía.
Voy a mandar las literas
traer, y estar prevenida
la escolta que has de llevar.
César, la más exquisita
vigilancia ten: con ellos
vas guardando nuestras vidas.
Adiós. Seguidme si os place,
señor Marqués de Tavira.

ESCENA X

DON CÉSAR; después DOÑA AURORA

Don César aguarda a que se vayan don Rodrigo y el Marqués, escucha un momento a la puerta del fondo y va a abrir la primera de la izquierda, donde está el cuarto de doña Aurora, llamándola con precaución

César Aurora... Aurora... cerráronla
en la cámara vecina,
sin duda porque no oyera
lo que en ésta sucedía.
(Entra y vuelve a salir con doña Aurora.)
Venid, Aurora.
Aur. ¿Qué pasa,
capitán, que así os obliga
a llamar?
(Don César cierra la puerta del fondo.)
¿A qué cerrais
las puertas con tanta prisa?
César ¡Aurora, Aurora! Esta casa
es ya una cárcel sombría
para vosotros.
Aur. ¡Dios mío!
¿qué decís?
César De la justicia

en poder estais. Gabriel
con pertinencia inaudita
se obstina en callar, e inútil
todo es con él. Ni le obligan
las ofertas, ni le mueven
los ruegos, ni le dominan
las amenazas. Impávido
hacia el abismo camina
con el semblante sereno
y en los labios la sonrisa,
cual si pudiera de un soplo
disipar la enfurecida
tempestad en que sin rumbo
va la nave de su vida.

Aur. Capitán, es inflexible:
sus acciones son siempre hijas
de una decisión resuelta
y de una convicción íntima,
y no cede.

César Pues os lleva
esa condición altiva,
hoy antes que raye el alba,
a la cárcel de Medina
bajo mi custodia.

Aur. ¿Entonces?

César Ya os he dicho que no había
ley ni deber que valiera
para mí lo que una mínima
insinuación vuestra. Habladle
vos, que sois su amor,—su hija:—
habladle y decidle: «huyamos:
don César nos facilita
la fuga, huyamos...» y huid,
Aurora: y ya que mi vida
por un tenebroso arcano
que vuestro padre no explica,
está, ¡ay de mí! para siempre
de la vuestra dividida.
huid; y al menos debédmela
aunque pierda yo la mía.
Huid: nada hay que me espante:
seré traidor, si es preciso
la traicion para salvaros.

Aur. Dios hará que tal mancilla
sobre vuestro honor no caiga,
(Mira por el hueco de la cerradura del cuarto de Gabriel.)
él va a salir... ¡que me asista

rogad al cielo!... y dejadme
con él.
(Vase don César, cerrando la puerta.)
Trae embebida
su alma en los pensamientos
de hiel que le martirizan.
(Sale Gabriel sombrío, los brazos cruzados, sin ver a Aurora, que se ha retirado a un lado, y habla consigo mismo.)

ESCENA XI

DOÑA AURORA y GABRIEL

Gab. A él solo, sí, desenredar le toca
la peligrosa red que se me tiende;
sólo el rey puede descoser mi boca;
él solo; si me salva o si me vende,
él con Dios se verá: no es cuenta mía.
Yo acepto mi fortuna, tal cual sea
la que el cielo me dé; mas vendrá un día
en que todo mortal con Dios se vea,
y en aquel día en que de Dios espero
temblar ante el semblante soberano,
yo, de cetro en lugar, tener prefiero
una palma de mártir en la mano.
Aur. ¿Ni una mirada para mí?
Gab. Mi Aurora,
único sol que en mi sombría frente
disipa con la luz de una sonrisa
las nubes del pesar que la ennegrecen,
perdóname si en reflexiones tristes
abismado ante ti pasé sin verte.
Mas, ¿por qué el llanto tu mirada enturbia?
¿por qué la agitación que te conmueve?
¿Qué te asusta, mi bien?
Aur. Riesgos traidores
te acechan por doquier, tal vez la muerte.
¿Y te admira, señor, de que mi llanto
copioso y triste mis mejillas riegue?
Gab. Te engañas.
Aur. Tú, la misteriosa nube
que impenetrable tu existencia envuelve,
es fuerza que hoy ante la ley se rasgue
de un juez, terror de cuantos nobles seres
asilo hallaron, nacimiento o nombre
de Tajo y Miño en las riberas fértiles.

Gab. ¿Quién te lo ha dicho?

Aur. Ya lo sé.

Gab. Pregunto
quién te lo ha dicho.

Aur. El capitán, que tiene
más de leal, de noble y generoso
que tú de franco con quien más te quiere.

Gab. ¡Aurora!

Aur. No receles que mis labios
dejen salir palabras imprudentes,
que a impulso de un amor desatinado
compliquen más la situación presente.

Gab. ¿De don Cesar, al fin, desventurada,
al fuego dió tu corazón albergue?

Aur. El corazón entero es de otro hombre
y me son los demás indiferentes:
ni te hablara yo de él en esta hora,
que habrá de ser para los dos solemne.
Yo quiero al capitán porque tú mismo
me viniste a decir: «Aurora, quiérele»;
mas yo le quiero porque tú lo mandas,
porque quiero no más lo que tú quieres.

Gab. Quiérele, Aurora, porque ya es acaso
el solo amigo que tu padre tiene.

Aur. ¡Mi padre, sí; mi cariñoso padre!...
¿no es este el nombre que emplear conviene
en esta situación?

Gab. Silencio, Aurora:
que es el encanto de mi vida advierte
ese nombre feliz.

Aur. Pero ese nombre,
dímelo de una vez, ¿te pertenece?

Gab. ¿Quién te lo hizo dudar? ¿Quién te lo dijo?

Aur. La que a tu lado y con placer mil veces
y acaso en busca de la paz perdida,
veló tu sueño y sorprendió inocente
tu secreto.

Gab. ¡Gran Dios! ¿y nada dije
de mi vida anterior? ¿de otros placeres,
de otros tiempos en fin?

Aur. Nada dijiste,
nada, señor; mas aunque dicho hubieres
en el pecho de Aurora lo enterraras,
que en ti a sufrir como a callar aprende.

Gab. ¡Miserable de mí! porque el misterio
que intentan aclarar oculto quede
siempre en mi corazón, ¿será preciso
que yo mismo la lengua me cercene?

(Gabriel escucha desde aquí como distraído en sombrías reflexiones.)

Aur. ¡Padre!
Gab. Explícate, Aurora.
Aur. Oye: al impulso
de una curiosidad impertinente
o de otro sentimiento inexplicable
que en mí se agita y que en mi alma en-
[ciende
la misteriosa luz de una esperanza
lejana, incierta, misteriosa, débil,
cedí, señor, y en la callada noche
mi lecho abandoné... porque a mi mente
mil visiones de amor se amontonaron
en confuso tropel, puras y alegres
como las olas que la mar en calma
sobre sus lomos incansable mece:
como las aves que en el árbol saltan
trinando al son de la escondida fuente.
Gab. Prosigue, Aurora.
Aur. Abandoné mi lecho,
y al tuyo me acerqué, como quien teme
ser sorprendido en criminal intento
por un extraño que a su lado duerme.
Tu faz un punto contemplé, y mi labio
un ósculo filial posó en tu frente.
¿Me oyes, Gabriel?
Gab. Prosigue, Aurora mía,
tu voz la voz de un ángel me parece.
Aur. Al contacto sutil del labio mío
sonreiste, señor; y tu voz débil
oí que el nombre mío murmuraba
entre esos ayes conque el mal diviérte
de una pasión, el que vivió en el mundo
secretos hondos ocultando siempre;
y entonces supe por la lengua misma
que hablar en sueños indiscreta suele,
que si es la tuya misterioso arcano,
espesa sombra mi existencia envuelve.
Gab. ¿Y entonces?
Aur. Me aparté ruborizada
de quien mi padre no es: sentí más fuerte
latir mi corazón: sentí otra sangre
circular por mis venas mas ardiente:
sentí en presencia del mayor cariño
mi cariño filial desvanecerse,
y al apartarme de tu lecho trémula
un ósculo de amor grabé en tu frente.

Gab. No lo digas jamás, Aurora mía.
Jamás a nadie tu pasión reveles:
quema los labios que en mi frente seca
pusiste: quema el corazón rebelde
que el cariño filial de sí arrojando,
dió a mi cariño en su lugar albergue

Aur. Es ya tarde, Gabriel, mi amor es hijo
de tu callado amor.

Gab. Tú lo mereces:
tú eres la sola flor que brotar hizo
en mi camino Dios... Dios, que al ponerme
sobre la tierra, me alfombró de espinas
la senda que mis pies recorrer deben;
pero yo no merezco tu amor santo:
yo soy un árbol cuyo tronco estéril
despojado de vida por el rayo,
ya ni sombra, ni flor, ni aroma tiene.

Aur. No, no: tú eres un árbol cuya sombra
cobijó mi niñez: cuyo ámbar bebe
mi pobre corazón, de quien tú solo
sombra, delicia y alimento eres.
Dios me entregó a tus brazos en mi infancia,
porque Dios quiso que en tu pecho ardiente
brotase, para encanto de tu vida,
de esta pasión correspondida el germen.

Gab. Tienes razón, Aurora, reconozco
en tu amor la piedad omnipotente.
Tienes razón, Aurora, Dios del cielo
te envía... un ángel de los cielos eres.

Aur. Escúchame, Gabriel.

Gab. Habla.

Aur. En el nombre
de esa pasión que en nuestras almas hierve,
desaparezcan hoy esos misterios
que nuestras dos historias oscurecen.

Gab. Imposible.

Aur. No temas que me espante,
Gabriel, ni me arrepienta, conociéndote,
de haberte amado nunca.

Gab. Es imposible.

Aur. Habla. Dime quién soy, dime quién eres.
Si eres villano y en tus venas viles
la sangre impura y maldecida tienes
de raza hebrea o de morisca tribu,
yo te amaré, Gabriel; si reales puedes
ostentar de tu estirpe en el escudo
coronados y espléndidos cuarteles,
yo te amaré, Gabriel: si eres acaso

criminal fugitivo y por mí temes
de un patíbulo infame la deshonra,
yo te amaré, Gabriel: llama si quieres
a un sacerdote, y que con lazo eterno
anude nuestras almas; y no pienses
que el deshonor de criminal memoria
me humille: te amo con amor tan fuerte,
que oraré mientras viva en tu sepulcro,
orgullosa del nombre que me dejes.

Gab. ¡Calla, Aurora, deliras!

Aur. Un momento,
Gabriel, óyeme aún, no te impacientes.
Si eres un impostor, un ambicioso,
cogido al fin entre sus propias redes,
huyamos: tienes ocasión y tiempo:
sí, nuestra fuga el capitán proteje,
huyamos, nuestro amor y nuestra infamia
arrastrando a remoto continente.

Gab. ¡Aurora!

Aur. Hoy a la cárcel de Medina
rayando el alba trasladarnos deben,
y el capitán que en nuestra guarda parte...

Gab. Silencio, Aurora. ¿Deshonrarle quieres
para salvarte tú? ¿Sabes que si huyo
cuando en su guardia el infeliz me lleve
morirá en mi lugar, y que al fugarme
me doy por criminal siendo inocente?
Yo no huiré jamás: ni sé, ni quiero,
ni nací para huir: ya muchas veces
la he visto cara a cara, y en el pecho,
no por la espalda, me herirá la muerte.

Aur. Hiéranos a los dos un mismo golpe.

Gab. Tú no debes morir: aún que hacer tienes
sobre la tierra.

Aur. ¿Qué sin ti?

Gab. Llorarme.

Aur. ¿Me lo mandas?

Gab. Yo, no; Dios: obedece.
Dios me pone en los labios un candado,
no lo intentes romper. Pura, inocente,
noble, eres tú: si a deshonrada tumba
mi silencio me lleva, Dios lo quiere.
Inclina, Aurora, la cabeza humilde
bajo la voluntad omnipotente,
y ora en mi tumba sin vergüenza, Aurora:
mártir me quiere Dios, y obedecerle
es fuerza: vive: y si te dice el mundo
que he sido un impostor, el mundo miente.

Yo no he dicho jamás que era el que buscan
y a morir me enviarán sin conocerme.
Ora en mi tumba sin vergüenza, y ora
mientras los hombres libertad te dejen;
y si te culpan como a mí, en silencio,
digna siempre de mí, como yo muere.

Aur. ¿Tú me lo mandas? Obedezco: sea,
Gabriel: digna de ti quiero ser siempre.

ESCENA XII

DOÑA AURORA, DON CÉSAR y después DON RODRIGO

César Don Rodrigo sube.

Gab. (A don César.) Oid.
antes. Si en algo apreciais
a Aurora, ved como enviais
ese papel a Madrid.
(Gabriel da una carta a don César, que la toma rápidamente.)

César Sabeis que mi fe la aprecia
en más que en mi mismo honor.
Yo le llevaré.

Gab. Al señor
embajador de Venecia.

ESCENA XIII

DICHOS, un ALGUACIL y después DON RODRIGO

Alg. (Entrando.)
Su señoría.

Gab. Aguardamos
sus órdenes.

Rod. (Entrando.) Os espera
allá abajo una litera,
señor Gabriel.
(Gabriel tomando de la mano a doña Aurora y dirigiéndose a la puerta, dice:)

Gab. Pues partamos

Rod. ¿Ni inquirís adónde vais
ni tomais vuestro equipaje?

Gab. Vos que disponeis mi viaje
sabréis cómo me llevais.

Rod. Conmigo.

Gab. Pues ya tardamos.

Rod. Vuestros cofres van con sellos.

Gab. Haced lo que os plazca de ellos.

Rod. Pues cuando gusteis.

Gab. Pues vamos.

(Vanse delante Gabriel con doña Aurora, luego don Rodrigo y don César.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Sala de juicio en la cárcel de Madrigal; decoración ochavada; puerta en el fondo, balcón a la derecha; al mismo lado, en la segunda caja, puerta del calabozo de Gabriel; puerta a la izquierda de otros calabozos; mesa con papeles, plumas, etc.

ESCENA PRIMERA

DON RODRIGO y el ESCRIBANO sentados a la mesa. GABRIEL, al otro lado, en un sillón reclinado tranquilamente y como ajeno a lo que pasa a su rededor

Escrib. Señor, no duerme.
Rod. ¡Y qué mal
halláis en que esté despierto!
Escrib. Que escucha.
Rod. Es un hombre muerto;
que escuche o no, ya es igual.
Seguid leyendo.
Escrib. (Tomando un papel de la mesa.)
Un oficio
del doctor don Juan de Llanos.
Rod. ¿Qué dice?
Escrib. Que siendo vanos
interrogatorio y juicio,
mandó dar a fray Miguel
el día cinco tormento.
Rod. ¿Y qué dijo?
Escrib. Que era invento
suyo lo de que Gabriel
fuese el rey de Portugal,

y que le movió a este engaño
el intento de hacer daño
al rey Don Felipe.

Rod. Mal
salió. Leed.

Escrib. (Otro papel.) Petición
de la nominada Aurora.

Rod. ¿Y qué pide esa señora?

Escrib. Ver a su padre.

Rod. Ocasión
llegará de que le vea
cuando ya esté confirmada
su sentencia, y no haya nada
que temer de que así sea.

Escrib. (Otro papel.)
Novena solicitud
del preso llamado Arbués.

Rod. ¿Qué solicita?

Escrib. Que pues
vivirá poco, en virtud
de haberle dado tormento,
se quisiera despedir
de su amo antes de morir.

Rod. No ha lugar, hasta el momento
de la real confirmación
de su sentencia, si vive.

Escrib. (Otro papel.)
Una carta que os escribe
un anónimo.

Rod. Cuestión
diaria,—amenazas, fieros,
contra mí y contra los jueces:
juramentos y sandeces
de rebeldes o embusteros.—
Adelante.

Escrib. (Una carta.) Para el juez
don Rodrigo Santillana;
carta que hoy por la mañana
llegó de Madrid.

Rod. ¡Pardiez!
¿Y así os estabáis con ella?
Dadme acá.

Escrib. Tomad, señor.

Rod. De César. (Leyendo.)
«Del portador
mañana sobre la huella
partiré: media jornada
ante mí llegará a esa:

ni puedo darme más priesa,
ni hasta hoy el rey hizo nada.»
¡Gracias a Dios que tocamos
con el fin de ese proceso!
Llevaos vos todo eso,
Escribano.

Escrib. ¿Os esperamos?

Rod. Afuera; y si algún correo
de la corte de Madrid
llega, que suba decid
al punto.

Escrib. Está bien.

(Vase el Escribano.)

ESCENA II

GABRIEL y DON RODRIGO

Rod. (Aparte.) (Deseo
salir de este laberinto
de una vez, y de ese hombre
a quien no hay nada que asombre...
Me repugna por instinto,
Su faz sombría, su calma
imperturbable, su irónica
conversación, su sardónica
sonrisa eterna, en el alma
me infunde honda inquietud;
no me acusa la conciencia
de nada; dí la sentencia
con severa rectitud,
conforme a ley; mas presiento
que hay en todo esto un arcano
que sondar pretendo en vano,
y deja sin complemento
la obra de la justicia.
Exhala ese hombre satánico
no sé qué de frío y pánico...
creo que me maleficia.
En fin, poco resta ya.
Si el rey la sentencia envía
firmada, el último día
es hoy que calor le da.)
¿Dormís, señor Espinosa?

Gab. Casi, casi, señor juez.

Rod. ¿Cansado estáis?

Gab. ¡Psé!

Rod. ¿Tal vez
sufrís dolor?
Gab. Poca cosa.
Rod. Aquí estaréis menos mal
que en la torre.
Gab. Así, así.
Rod. Que apreciarais más creí
mi caridad.
Gab. Me es igual.
Rod. ¿Tal vez me guardéis rencor
por la cuestión?
Gab. ¡Brava pena,
por Dios!
Rod. La prueba fué buena.
Gab. Pudo haber sido mejor.
Rod. Confieso que fué cruel
el tormento.
Gab. Pero inútil.
Rod. ¿Lo creéis prueba tan fútil?
Gab. Ya lo veis.
Rod. Volver a él
podemos aún.
Gab. Volviérais
a ver lo que vísteis ya.
Rod. La segunda vez quizá
vuestro silencio rompiérais.
Gab. Sería inútil fatiga;
y ahora que hablamos de esto:
de hoy para entonces protesto
contra todo cuanto diga,
y ya podéis calcular
que si en negar doy después
lo dicho, el tormento es
cuento de nunca acabar,
Rod. ¡Por Dios que sois hombre fuerte,
y gastáis bizarro humor!
Gab. Soy terco y sufro el dolor;
soldado soy, y a la muerte
voy como iba a la pelea:
más despacio o más aprisa
hallarla es cosa precisa;
mas temerla es cosa fea.
Rod. Vuestra fortaleza envidio:
mas noto en vos ha un momento
tristeza y decaimiento.
¿Qué tenéis?
Gab. Que me fastidio.
Rod. ¡Que os fastidiais!

Gab. Sí, ¡a fe mía!
Tres meses ha que aquí estoy,
y lo mismo hacemos hoy
que hicimos el primer día.
«Traed ante mí a Gabriel.»
Vuelta vos a preguntar,
vuelta yo a no contestar.
«Al calabozo con él.»
Vuelve a amanecer el día,
y vuelta a sacar al preso,
y vuelta a leer el proceso,
y vuelta a nuestra porfía.
«Hablad, señor Espinosa.»
«No quiero, señor alcalde.»
«Que habéis de hablar.» «Que es en balde.»
Y siempre la misma cosa.
No hubo más que la semana
en que me dísteis tormento
que variara—y ya me siento
casi bueno, Santillana.

Rod. Me amedrenta, ¡vive Dios!
vuestra eterna sangre fría.

Gab. También me adrentaría
a mí si fuera que vos.

Rod. Vuestra osada impavidez,
cada día toma creces.

Gab. Sí; parecemos a veces
el reo yo y vos el juez.

Rod. Es que a veces hallo en vos
un misterio que me espanta.

Gab. Es que tal vez se levanta
tras mí la sombra de Dios. (Pausa.)

Rod. Yo creo, señor Gabriel,
que no es Dios, es Satanás
quien de vos está detrás,
y os dejáis llevar por él.
¿A qué hombre de sano seso
no hartarán vuestras pesadas
continuas balandronadas
que llenan vuestro proceso?
¿Qué son, pues, vuestras preñeces
y siniestras reticencias?

Gab. Tembladlas, si son sentancias:
reidlas, si son sandeces.

Rod. Pues bien, hablad de una vez;
si ese secreto fatal
existe en vos, hacéis mal
de ocultarlo a vuestro juez.

Si sois quien juzgan, decid:
«Yo soy...» probadlo, y mañana...

Gab. (Variando de tono.)
¿Cuándo vendrá, Santillana,
el capitán, de Madrid?

Rod. Hoy mismo

Gab. ¡Gallardo mozo!
¿Le queréis mucho?

Rod. ¡Pues no,
si es mi hijo!

Gab. También yo
le quiero bien, y me gozo
con su vista. ¿No tenéis
más hijos que él?

Rod. Nada más.

Gab. ¿Ni los tuvísteis jamás?

Rod. Las preguntas que me hacéis,
Espinosa...

Gab. Son sencillas.

Rod. No sé qué se me figura
que hay en ellas...

Gab. ¿Por ventura
os pregunto maravillas?
Tenéis un hijo mancebo,
y si hubísteis os pregunto
más que él: no hay en el asunto
de mi cuestión nada nuevo.

Rod. ¡Jamás podré conseguir
arrancar de vuestra faz
ese sarcasmo tenaz!
¿Qué me tenéis que decir?
Acabemos, Espinosa:
esa burlona altivez
que excita en mí alguna vez
una duda misteriosa,
¿qué significa? ¿parece
que no os habéis convencido
de que juzgado habéis sido,
de que ya no os pertenece
vuestra acotada existencia,
y de que según la ley,
no falta sino que el rey
confirme vuestra sentencia?
¡Parece que en vuestro pecho
hay una firme esperanza
que os da audacia y confianza
contra esa ley!

Gab. Es un hecho.

¿Creéis que no firmará
el rey?

Rod. Esa es cuenta suya:
Dios por sus obras le arguya.
¿Le habéis vos escrito ya
que pido verle?

Rod. Y respuesta
aguardo; mas si apeláis
al rey, en vano...

Gab. Me ahorcais,
y se concluyó la fiesta.

(Don Rodrigo mira a Gabriel con asombro: Gabriel permanece sereno.)

Rod. Sospéchome que estáis loco.

Gab. Tal vez.

Rod. Aunque más bien creo
que es otro vuestro deseo.

Gab. ¿Cuál creéis?

Rod. Ir poco a poco
dilatando la sentencia,
dando a entender que aún hay más
que esperar de vos.

Gab. Quizás.

Rod. Pues os protesto en conciencia
que hoy tendrá fin vuestro afán:
si el rey no manda otra cosa,
morís hoy por Espinosa
o por rey don Sebastián.
Basta ya de dilaciones,
harto estoy de toleraros,
y me es ya en mengua trataros
con tales contemplaciones.
Vos sois un villano artero,
un taimado embaucador,
que esperáis suerte mejor
dándoos por un caballero.
¡Un necio, que aguarda en vano
negándose a confesar,
que nunca le han de matar
como a un infame pagano,
sin confesión; mas caéis
en un miserable error:
si no queréis confesor,
sin confesor moriréis.
Y no tenéis que cansaros:
no me habéis de aventajar;
si os obitináis en callar,
yo me obstinaré en ahorcaros
¿Ahora os reís?

Gab. (Riéndose.) ¡Sí por Dios!
y no he muerto ya de hastío,
porque, como ahora, me río
mil veces.

Rod. ¿De qué?

Gab. De vos.

Rod. ¿De mí? En vuestra audacia loca
os olvidáis a mi ver,
que os puedo mandar poner
una mordaza en la boca.

Gab. Verme mudo os diera pena:
de que estoy persuadido,
mi voz para vuestro oído,
el cantar de la sirena.
¡Mordaza! De vuestros fieros
a pesar, si lo procuro
de veras, estoy seguro,
señor juez, de adormeceros.
Ya me parece ¡pardiez!
que comenzáis a turbaros
y no he hecho más que miraros.
Os voy a decir, buen juez,
lo que pasa en vuestro pecho:
a fuerza de ir y volver
sobre quién soy, de mi ser
un fantasma os habéis hecho.
Sér superior me imagina
vuestra razón exaltada,
y mi voz y mi mirada
os deslumbra y os fascina.
Todo se os vuelve anteojos:
si os miro fijo a la cara,
os turbáis, como si echara
fuego o sangre por los ojos.
Si en paz llevando mi suerte
alejo de mí el pesar,
creéis que voy a evitar
con algún filtro la muerte.
Si de vuestros hijos hablo,
y por ellos os pregunto
no parece sino asunto
de vendérselos al diablo.
Si levanto un poco más,
estando solos, la voz,
cual de una bestia feroz
teméis y os echáis atrás.
Y si al hablarme con saña
vos, os hablo con violencia,

os dobláis en mi presencia,
como ante el viento la caña.
Tan hondo y siniestro influjo
he adquirido sobre vos,
que ¡no os lo demande Dios!
me estáis suponiendo brujo.
No parece, Santillana,
sino que sabéis que puedo
haceros temblar de miedo
cuando me diere la gana.
¿Y no es verdad, don Rodrigo,
no es verdad que mi semblante
os está siempre delante,
que andáis, que soñáis conmigo?
¿No es verdad que se os alcanza
que tendrá alguna razón
al mostrar mi corazón
tan osada confianza?
¿No es verdad que todo cabe
en hombres, y que tal vez
en vuestra vida de juez
hay algún secreto grave,
que creéis hundido vos
en la eternidad obscura,
y que teméis por ventura
que me lo revele Dios?
¿No es verdad que cuando a solas
hablo con vos, don Rodrigo,
va vuestra alma en lo que os digo,
como nave entre las olas,
esperando de un momento
a otro verse sumergida,
por la mar embravecida
de mi airado pensamiento?
¿No es verdad que habéis cruzado
una vez el Portugal,
y cerca de Setubal,
en mitad de un despoblado,
un monasterio habéis visto,
cuya sagrada vivienda
fué teatro de una horrenda
profanación?

Rod. ¡Jesucristo!

Gab. ¿No es verdad que cuando clavo
mis ojos en vuestro rostro,
os hielo el alma y os postro
a mis piés como un esclavo?
De rodillas, Santillana,

vuestra vida está en la mía,
viviréis más que yo un día:
si yo muero hoy, vos mañana.

Rod. ¡Dios me valga! (Don Rodrigo se arrodilla.)

Gab. ¡Calla! ¿Y vos
lo tomáis como os lo digo?
Si esto es farsa, don Rodrigo,
serenaos, ¡vive Dios!

Rod. ¿Conque es decir?...

Gab. Que divierto
mi fastidio, Santillana.

Rod. (Furioso.)
No haréis lo mismo mañana.

Gab. (Con calma.)
Ahorcándome hoy, no por cierto.

ESCENA III

DICHOS y el ALGUACIL

Alg. Su merced, el capitán
Santillana.

Gab. ¡Que nos cae
del cielo!

Rod. Y que el fallo trae
del rey.

Gab. Fin de nuestro afán.

ESCENA IV

DON RODRIGO, GABRIEL y DON CÉSAR

Rod. ¿Traes tú los despachos?

César Sí.
¿Mas que tenéis, padre?

Rod. Nada.
¿Traes la sentencia aprobada?

César Sí.

Rod. ¿Dónde está?

César (Dándole un papel.) Vedla aquí.
(Don Rodrigo toma, abre y lee el pliego que le da don César y dice llamando.)

Rod. ¡Hola!
(Entran algunos Alguaciles y el Escribano.)
Cúmplase la ley.
Avisad al confesor

y al verdugo ejecutor
de las justicias del rey.
Escribano, evacuad vos
la postrera diligencia,
intimadle la sentencia
y que se encomiende a Dios.

César Señor...

Rod. ¡Silencio! Leed.

Escrib. (Empezando a leer.)
Vista y fallada..

Rod. (Interrumpiéndole.) Adelante:
la aprobación es bastante,
fórmulas a un lado haced.

Escrib. (Leyendo.) «Y en atención a que en los cofres de dicho Gabriel Espinosa han sido halladas muchas prendas y joyas de valor, pertenecientes a la persona de nuestro difunto sobrino don Sebastián, rey de Portugal, sin que haya podido probar Espinosa la legitimidad de su adquisición y posesión; y en atención a que el Marqués de Tavira y fray Miguel de los Santos y otros señores castellanos y portugueses han declarado, unos en juicio y otros en tormento, que le tienen y han tenido desde que le vieron por el rey don Sebastián, y habiéndose probado que muchos nobles portugueses le han visitado en Madrigal para reconocerle, y que en su nombre se han escrito cartas, contraído empréstitos y armado gentes para concitar a la rebelión a los pueblos en favor suyo; y teniendo en cuenta que dicho Gabriel Espinosa no ha negado nunca ser él, el mismo rey don Sebastián, antes ha contribuído a hacer creer a los incautos que lo es efectivamente, no declarando jamás quién sea en realidad, dándose ya por una persona ya por otra, y aparentando el gesto, las acciones y las señales exteriores, que a su parecer pueden convenir mejor con los recuerdos y las pinturas que de don Sebastián se conservan entre los que en vida le conocieron; y considerando, en fin, que el cuerpo de dicho rey fué por nos rescatado del poder de Muley Mahamet y traído de Africa al monasterio de Belén donde yace sepultado: aprobamos y confirmamos la sentencia contra él dada, y le declaramos impostor infame, traidor a su rey, y usurpador del

nombre del rey don Sebastián. Por cuyas razones le condenamos a ser arrastrado, y ahorcado y descuartizado, y puesta su cabeza en una lanza a una de las salidas del pueblo de Madrigal, en donde vivió, para desengaño de incautos y escarmiento de traidores.—Yo el rey.»

Gab. (Con ira.)
¿Traidor yo, impostor, infame?
¿Muerte a mí con tal afrenta?
Que Dios me lo tome en cuenta
(Serenándose.)
cuando a su juicio me llame.
(Al Escribano.)
¿Tenéisme más que leer?

Escrib. Nada más.

Gab. Pues despachemos
y tiempo no malgastemos.
Sea lo que haya de ser.

César (¡Indomable corazón!)

Rod. (¡Incomprensible fiereza!
Ni aun inclinó la cabeza
para oir la intimación.)

Gab. Alcalde, estáis demudado,
trémulo... ¡por vida mía!
Cualquiera imaginaría
que era vos el sentenciado.

Rod. (Airado.)
Pronto lo viera. Tenéis
de vida tres cuartos de hora.

Gab. Son las cinco y cuarto ahora.

Rod. Encerradle.

Gab. (A don Rodrigo.)
Hasta las seis.

Rod. Despejad.
(Llevan a Gabriel a su encierro y vanse el Escribano y los Alguaciles por el fondo.)

ESCENA V

DON RODRIGO y DON CÉSAR

César ¿Padre, qué es esto?

Rod. Que es fuerza que ese hombre muera.

César Dadle un día.

Rod. Ni siquiera
una hora.

César Que dispuesto
muera al menos cual cristiano.
Rod. Muera, y sea como fuere.
César ¡Sin confesión!
Rod. No la quiere,
es un hereje: un pagano.
César Padre, estáis ciego de ira.
Rod. Ira es lo que aparento,
ira, César; pero miento,
es terror lo que me inspira
ese hombre de Satanás.
Y yo, ¡imbécil! que le daba
tormento porque no hablaba;
no, no: que no hable jamás,
que le lleven al cadalso
con una mordaza puesta:
que no hable con nadie: en esta
hora cuanto diga es falso.
César Padre, sospecho, ¡ay de mí!
que se os desvanece el juicio.
Rod. Es obra de un maleficio.
César ¿Os maleficiaron?
Rod. Sí.
César ¡Superstición!
Rod. Ya lo ves.
Gabriel me malefició,
y él ha de morir o yo.
Ya firmó el rey: muera, pues.
César ¡Padre!
Rod. ¡César... hijo mío!
César ¡Estáis delirando!
Rod. ¿Alguno
me escuchó acaso?
César Ninguno.
Rod. (De mí propio desconfío.)
César Padre, algún mal os acosa;
tembláis... estáis demudado.
Rod. Algún vértigo: he velado
tantas noches de Espinosa
con el proceso maldito,
me ha dado tanto que hacer,
que en mí no estoy hasta ver
que de en medio me le quito.
Mas no fué nada, pasó
ya, César: veamos, pues,
los despachos de la corte.
César Tomad: aquí los tenéis.
Rod. Esta es la consulta mía,

ésta la aprobación es
del consejo: ésta la carta
de su majestad el rey,
¿y este otro pliego sellado,
de quién es?

César — ¡Yo no lo sé!
me fué entregado en palacio
con todos ellos.

Rod. — ¿Por quién?

César — Por el rey mismo.

Rod. — A ver: ábrele.

César — Una real orden.

Rod. — Pues lee.

César — (Leyendo.)—«En nombre del rey.—Por la presente, pondréis en libertad en la hora en que la recibiéreis, y sobreseyendo en su causa, si hubiéreis procedido a formarla contra ella, a doña Aurora Espinosa, detenida y a vuestras órdenes en la cárcel de Madrigal; dejando disponer libremente de sí misma a dicha doña Aurora como fuere su voluntad.—Madrid, etc.—A don Rodrigo Santillana.»

Rod. — ¿En libertad? No comprendo
tal orden del rey.

César — Y está
bien terminante.

Rod. — Y será
cumplida. Sigue leyendo.

César — Otro pliego para mí.

Rod. — Rompe la nema y aparta
la cubierta. ¿Qué hay?

César — Aquí
viene un papel y otra carta.

Rod. — Lee.

César — Dice el papel así:
(Lee.)—«En nombre del rey.—Otorgamos licencia para dejar el servicio de S. M., temporal o absolutamente como más le conviniere, al capitán del primer tercio de Flandes don César de Santillana.»

Rod. — ¿Y para qué?

César — ¿Qué sé yo?

Rod. — ¿Tú no la has pedido?

César — No.

Rod. — Sigue. (¿Qué es esto? ¡ay de mí!)

César — (Lee.) «Y ordenamos al dicho capitán don César, por ser así del agrado de S. M., conducir con todo honor y escoltar con toda se-

guridad, durante su viaje por tierras de sus dominios y mares guardados por su real marina, a doña Aurora de Espinosa, hasta ponerla sana y salva en Estados de Venecia, por cuyo embajador ha sido reclamada como hija adoptiva de la República Serenísima.»

Rod. ¡Ira de Dios! Todo ahora
lo comprendo.

César ¿Qué es, señor,
lo que comprendéis?

Rod. Tu amor,
¡desventurado! a esa Aurora.

César Es cierto: un amor profundo;
mas no os traiga con cuidado,
que es el más desesperado
que hubo jamás en el mundo.

Rod. ¿Lo ves? ¡Ah! también a ti
te han maleficiado; pero
responde, César: yo quiero
saberlo ya todo; di.
Tú con ella en connivencia,
huir con seguridad
queriendo, su libertad
conseguiste y tu licencia.

César No, a fe mía.

Rod. Sí, arrastrado
por sus sortilegios has
trabajado en contra mía
con temeridad impía
y en favor suyo.

César Jamás.
Que tuve siempre, confieso,
simpatía misteriosa
e interés por Espinosa,
pero no obré en su proceso.
Amé a Aurora; la amo aún;
mas mi pasión despechada
es imposible, y no hay nada
entre los dos de común.
Mientras viva la amaré;
pero este amor solitario
de mi pecho en el santuario
sólo yo conservaré.

Rod. ¡Otro misterio!

César Tremendo
sin duda, padre; mas puede
conmigo, y mi brío cede
a su poder.

Rod. No lo entiendo.
César Ni yo sé decir más de él
sino que Aurora, señor,
no nació para mi amor.
Rod. ¿Quién te ha dicho eso?
César Gabriel.
Rod. ¡Infeliz! Es su manceba.
César Quien tal os dijo, ha mentido,
señor.
Rod. Ella misma ha sido.
César ¿Ella?
Rod. En la primera prueba
del tormento.
César ¡Cielo santo!
¿La habéis puesto en el tormento?
Rod. Es débil, y habló al momento.
César ¡Me paralizo de espanto!
¿Qué abismo es este de males
que por doquier nos circunda?
¡Qué trama esta tan fecunda
de misterios!
Rod. Los fatales
hilos de esa negra trama
tan sólo puede romper
la muerte, y hoy ha de ser.
Que mueran él y su dama.
César ¡Imposible! Mintió.
Rod. ¿Quién?
César Ella: no puede tampoco
ser de Gabriel.
Rod. ¿Quieres loco
volverme?
César No; sé muy bien
lo que digo: esa mujer
es prenda de una venganza.
Sólo con esa esperanza
la conserva en su poder.
Rod. ¿Ella de venganza prenda
y en su poder? ¡Dios me asista!
De este arcano ante mi vista
se aclara la sima horrenda.
¡Hola!
(Toca la campanilla y entra un alguacil.)
En libertad a Aurora
poned al punto, y aquí
traedla. Escucha, ¡ay de mí!,
escucha, César, ahora
un secreto horrible: ese hombre,

que no es nada y que lo es todo,
de quien de saber no hay modo
religión, patria ni nombre;
ese hombre, a quien nada espanta,
cuya altivez nadie doma,
penitente humilde en Roma,
peregrino en Tierra Santa,
soldado en Flandes, marqués
en Madrid, corso en Venecia,
que alma y vida menosprecia
como al polvo de sus piés;
a quien no rinde el tormento,
y cuyo espíritu fuerte
ve a un paso de sí la muerte
y se sonríe contento,
no es criatura, es fantasma;
no es vivo, es aparición,
quimera, ensueño, visión,
más que de terror me pasma.
Es un hombre de otra edad:
un hombre que estando muerto
halló su sepulcro abierto
y huyó de la eternidad
mis pasos para seguir;
es la sombra de otro sér
que sale a la tierra a ver
nuestra sepultura abrir.

César ¡Ay de mí! El continuo afán
del proceso de Gabriel
os hizo concebir de él
esas quimeras que están
trastornándoos la razón.

Rod. Dices bien... sí... no comprendas
jamás las causas horrendas
de mi ruin superstición.

ESCENA VI

DON RODRIGO, DON CÉSAR y DOÑA AURORA

Aur. ¡Libre!... Jamás esperé
que nos olvidara Dios:
ni de haber fiado en vos
(A don César.)
jamás me arrepentiré,
pues duda no queda en mí
de a quién debo, capitán,

la libertad que me dan
cuando os vuelvo a ver aquí.

Rod. Despeja.—Escuchad, Aurora.

Aur. ¿Por qué le mandáis salir?

Rod. Porque nadie debe oir
nuestras palabras ahora.

Aur. ¡Dios mío! ¿Qué extraño afán
os agita? ¿Es, por ventura,
mi libertad impostura?
¡Ah! No os vayáis, capitán;
quiere volverme tal vez
al tormento.

Rod. Oid, os digo.
Sois libre, y yo vuestro amigo.

Aur. ¿Cabe entre el reo y el juez
amistad? ¿Entre el verdugo
y la víctima? Jamás
os conoceré por más
que por juez.

Rod. ¡A Dios no plugo
que fuese de otra manera!
Mas acaso desde ahora
variéis de opinión, Aurora.
(Vuelve a don César, que permanece en pie junto a la puerta.)
¿Qué esperáis vos? Idos fuera.
(Vase don César.)

ESCENA VII

DON RODRIGO y DOÑA AURORA

Rod. Nada receléis de mí,
pobre niña: en libertad
estais: vuestra voluntad
no tendrá ya coto aquí.
Serenaos, pues; oidme,
Aurora, y por cuanto améis
ruégoos que me contestéis
la verdad.

Aur. Pues bien: decidme
vos en conciencia primero:
¿mi libertad se me dió
con la de Gabriel? Si no
es así, yo no la quiero.

Rod. Sólo depende de vos
la libertad: si un secreto

me aclaráis vos, os prometo
la libertad de los dos.

Aur. ¿Es mío solo el secreto
que me pedís?

Rod. Sí; en verdad.

Aur. ¿Y vale la libertad
de Gabriel?

Rod. Me comprometo
a dársela.

Aur. Preguntad.

Rod. ¿Qué tiempo hará que de Gabriel al lado
vivís?

Aur. Desde muy niña.

Rod. ¿Y qué memoria
de vuestra infancia conserváis?

Aur. Apenas
una vaga memoria me ha quedado
de aquellas horas al pesar ajenas.

Rod. No espero yo que recordéis la historia
de vuestra infancia, cuya edad se olvida
pronto, y muy fácilmente con las penas
o los placeres de la inquieta vida;
más del lugar en donde habéis nacido,
donde pasásteis los primeros años,
tendréis alguna idea.

Aur. Muy confusa:
tal, que puedo decir que la he perdido
mezclándola después con mil extraños
recuerdos posteriores.

Rod. ¿De manera
que imposible os será, pues lo rehusa
vuestra memoria ya, la más ligera
noticia dar de vuestra edad primera?

Aur. Tan imposible, no: ¿quién en su mente
a un recuerdo infantil no da guarida?
¿Quién no vuelve los ojos tiernamente
hacia las puertas de oro de la vida?
¿Quién no recuerda en ocasión alguna
el pobre hogar o la lujosa estancia,
cuya techumbre guareció en su infancia
el dulce sueño que gozó en la cuna?

Rod. ¿Vos recordáis ese lugar?

Aur. Sin duda:
mas no por la virtud de mi memoria
sola, tan fiel en esa edad no cabe
tenerla: sé de mi infantil historia
lo que fuí recordando con ayuda
de la voz de Gabriel, que es quien la sabe.

Rod. ¿Gabriel la sabe?
Aur. Sí.
Rod. ¿Y os la ha contado?
Aur. Incompleta.
Rod. (También la habrá engañado.)
Mas yo quiero saber sólo la idea
que hayáis vos en la mente conservado.
Aur. Tengo, aunque muy confuso, algún recuer-
[do.
Rod. ¿De qué?
Aur. De mil objetos.
Rod. Aunque sea
en confusión, decídmelos.
Aur. Me acuerdo
de una ribera donde yo cogía
yerbezuelas y conchas del rugiente
mar, que sus ondas sin cesar mecía,
de un monasterio triste y solitario
fundado al pie de un monte y vagamente
me acuerdo de la iglesia, con su coro
enverjado, sus techos con pinturas,
su altar lleno de flores, su sagrario
iluminado con mecheros de oro;
y me acuerdo también porque me daban
miedo de las inmóviles figuras
de mármol que tendidas reposaban
encima de sus anchas sepulturas.
Rod. ¿Qué monasterio era ese?
Aur. Era un convento
de monjas.
Rod. ¿Qué país?
Aur. No lo he sabido
nunca.
Rod. ¿Jamás Gabriel os ha contado
lo que hacíais allí? ¿Quién conducido
os había a aquel claustro?
Aur. No ha querido
decírmelo jamás; sé que aposento
tenía allí mi madre, y que he pasado
los tres primeros años de mi vida
allí.
Rod. ¿Con ella?
Aur. Sí.
Rod. ¿De vuestra madre,
os ha hablado Gabriel?
Aur. Mil y mil veces.
Rod. ¿La recuerda a menudo?
Aur. No la olvida

jamás, y sé que en sus nocturnas preces
la reza como a mártir.

Rod. ¿Sabéis de ella
la historia, el nombre, la familia?

Aur. Nada.
Sé que fué un día festejada y bella,
y luego escarnecida y ultrajada.
Sé que el relato de su triste historia
es una horrible e infernal leyenda,
que conserva Gabriel en su memoria,
de expiación y de venganza prenda.

Rod. ¿Y qué es lo que sabéis de este relato
vos?

Aur. Yo, nada tal vez, y acaso todo;
porque sus hechos sé, mas nunca supe
ni las personas, ni el lugar, ni el modo.

Rod. Pero en fin, ¿qué sabéis de vuestra madre?

Aur. Sé que era noble dama: que vivía
en la corte de un rey a quien la unía
una amistad profunda y verdadera:
que era para aquel rey casi una hermana,
pues juntos cuando niños se criaron,
y fraternal amor constantemente
uno a otro los dos se conservaron.
Sé que era cuanto rica generosa;
y que el encanto de las gentes era
por su virtud y ciencia prodigiosa:
que el vulgo la quería,
la corte la admiraba
y con ella secretos no tenía
el rey, que como hermana le trataba.

Rod. ¿Mas ese rey?...

Aur. Murió.

Rod. ¿Cómo?

Aur. En la guerra:
y concluyó con él su dinastía,
y otro rey vino a gobernar su tierra,
y a otras manos pasó su monarquía.

Rod. ¿Y vuestra madre entonces?...

Aur. Fué mirada
como enemiga del monarca nuevo,
y al fin de algunos meses acusada
de traición: por diabólica su ciencia
tomaron, y la dieron por culpada,
diciendo que hizo creer que el rey vivía
no sé a quién, a favor de un sortilegio,
mostrando a sus conjuros evocada
la aparición de su fantasma regio.

Rod. ¿Y después?

Aur. ¡Oh! Después... eso es lo horrible
de la historia, señor. Se apoderaron
de ella, de su palacio, de su hacienda,
los vendieron, sus armas infamaron,
y ocupó un extranjero su vivienda,
y su nombre y su raza se olvidaron.

Rod. ¿Y ella?

Aur. Como las hojas del otoño
desapareció de encima de la tierra,
y en ella más los hombres no pensaron
sólo pensando en libertad y guerra.

Rod. ¿Pero vos?

Aur. No lo sé... sé que mi madre
pobre, triste, ofendida y no vengada,
en aquel solitario monasterio
tejía su existencia desdichada,
y yo existía ya, bajo el misterio
de aquellas santas bóvedas velada.

Rod. ¿Y luego?

Aur. No sé más.

Rod. ¿Gabriel no os dijo
nada de vuestro padre?

Aur. Le tenía
siempre por padre a él, y él me quería
más que el padre mejor quiere a su hijo.

Rod. ¿Pero cómo supísteis?...

Aur. En su sueño
sorprendí su secreto: y como me era
necesario su amor de una manera
u otra, el amor filial hallé pequeño,
y del amor de la mujer y el niño
formé para Gabriel solo un cariño.

Rod. ¿Pero al saber que vuestro padre no era,
no preguntásteis vos?

Aur. Quién era el mío.

Rod. ¿Y qué dijo Gabriel?

Aur. Que él lo sabía:
mas que de él a acordarme no volviera,
porque mi amor filial no merecía.

Rod. Siempre merece un padre...

Aur. No lo ha sido
jamás el mío para mí.

Rod. ¡Aurora!

Aur. ¿Creéis que una razón me fué bastante
para echar su memoria en el olvido?
¡Insistí, porfié, lloré y ahora
sé que nunca mi amor ha merecido!

Sé que me echó a la vida despojada
de su nombre, y sin pan y sin abrigo:
sé que dejó a mi madre deshonrada
en medio de la tierra abandonada
para llorar y perecer conmigo.

Rod. ¿Y creéis a Gabriel?

Aur. ¿Que si le creo?
Es la verdad del cielo descendida;
su palabra es mi fe, y en esta vida
por su fe juzgo, por sus ojos veo.

Rod. ¿Nunca os dijo Gabriel nada en abono
de vuestro padre?

Aur. Nada y si lo hubiera,
yo sé bien que Gabriel me lo dijera.

Rod. ¿Es decir?...

Aur. Que es mi padre y le perdono,
como amor exigir de mí no quiera.
Mi madre, que al dolor ha sucumbido,
de Dios le aguarda ante el excelso trono;
yo, a quien solo dió el sér, nada le pido;
pero como él nos olvidó le olvido,
como él me abandonó yo le abandono.

Rod. ¿Vive, pues?

Aur. No lo sé.

Rod. ¿Mas si viviera?

Aur. Como él no me buscó, no le buscara.

Rod. ¿Y si una vez en la vital carrera
con él os encontraráis?

Aur. Le mirara
sin ira, mas la espalda le volviera.

Rod. ¿Y si al veros partir él os llamara?

Aur. De su paterna voz no hiciera caso.

Rod. ¿Y si llorando el mísero os siguiera?

Aur. Apresurara, sin volverme, el paso.

Rod. Pero, ¿y si os alcanzara y os asiera
de los vestidos él?

Aur. Los rasgaria
dejándole en la mano los pedazos.

Rod. ¿Y si os tendiera sus paternos brazos?

Aur. Su abrazo paternal rechazaría.

Rod. ¿Por qué?

Aur. Porque mi padre todavía
no ha ido a orar sobre la tumba obscura
de mi madre, y Gabriel me dijo un día
que al querer abrazarnos se abriría
entre mi padre y yo su sepultura.

Rod. ¡Fatal superstición!

Aur. Tal es la mía.

Rod. Tal es la ira de Dios. Es un misterio
impenetrable. Satanás me ciega
sin duda, y nunca a comprenderle llega
mi corazón ansioso.

Aur. He respondido
a cuanto preguntarme habéis querido.
Señor, a vos os toca.

Rod. ¡Sí, a fe mía!
Vais a ver a Gabriel. (¡Oh!, sí, yo quiero
apurar este cáliz de agonía.)
(Abre la puerta que da al encierro de Gabriel, mientras Aurora dice:)

Aur. Libres al fin... para Gabriel ahora
libre será mi corazón entero.

ESCENA VIII

DOÑA AURORA, DON RODRIGO y GABRIEL

Rod. Espinosa. (A Gabriel.)

Gab. Héme aquí.

Aur. (Viendo a Gabriel.) ¡Gabriel!

Gab. (Abrazándola.) ¡Aurora!
¡Infeliz! ¿Quién aquí te ha conducido?

Aur. La libertad, Gabriel, libres estamos,
y cual juntos aquí nos han traído,
juntos espero que de aquí partamos.

Gab. ¡Santillana!
(Pidiendo explicación de estas palabras de doña Aurora.)

Rod. Leed. (Dándole la orden de libertad.)

Aur. ¿Ves?

Gab. (Lo comprendo
todo. La agitación de don Rodrigo,
de mi Aurora infeliz la fe tranquila...
¡Hé aquí el instante para mí tremendo!
La hora del martirio y del castigo.
Señor, Señor... mi espíritu vacila:
sostenedme hasta al fin... ¡sed vos conmigo!)

Aur. ¿Qué te agita, Gabriel?... tu faz sombría,
tu palidez...

Gab. Un poco conmovido
estoy; y es natural, Aurora mía.
Y también vos estáis descolorido,
Santillana...

Rod. Espinosa, concluyamos.
Yo os llamé...

Gab. No os canséis: el por qué en-
[tiendo.
¿A solas con Aurora habéis hablado?
Rod. La historia de su madre me ha contado.
Gab. Sólo para que a vos os la contara
se la he contado yo.
Rod. Toda pretendo
saberla, pues.
Gab. ¡Curiosidad avara!
Rod. Pero que vos satisfaréis.
Gab. Sin duda;
mas puédeos ser satisfacción muy cara:
porque os advierto, juez, que he observado
que mis satisfacciones y respuestas,
por más que yo riendo os las he dado,
han sido siempre para vos funestas.
Rod. Hablad... hablad.
Gab. ¡Si os empeñáis en eso!
Mas después de tres meses de proceso
no sé cómo no estáis escarmentado
de interrogarme ya.
Rod. ¡Siempre lo mismo!
Acabemos, Gabriel.
Gab. Sí, concluyamos:
hora es de penetrar en este abismo.
Rod. Descender quiero a él.
Gab. Y yo os prometo
que lo haréis: el momento es oportuno.
Rod. Decid, pues.
Gab. Esperad, que este secreto
os pertenece a tres y falta uno.
Llamad al capitán, que con vos debe
penetrarle también.
Rod. (Llama y sale un alguacil.)
¡Hola, don César!
Aur. ¿Qué tienes, Gabriel mío? En tu semblante,
en tus palabras y ademanes noto
siniestra agitación.
Gab. Aurora mía,
tu corazón amante
por mí no tenga la inquietud más leve;
a mis pesares Dios hoy pondrá coto,
y ambos tendremos libertad en breve.
¿Tú no te olvidarás desde este día
de tu Gabriel?
Aur. Jamás. ¿Eso preguntas?
Juntas caminarán nuestras dos vidas,
nuestras almas a Dios subirán juntas.

Gab. Sí, ni la muerte las podrá un instante
mantener una de otras divididas.
Aur. ¡Dios! ¿A qué mientas la muerte ahora?
Rod. Ya está aquí el capitán.
Gab. Silencio, Aurora.

ESCENA IX

DOÑA AURORA, DON RODRIGO, GABRIEL y DON CÉSAR

Gab. ¡Hola! Sed, capitán, muy bien venido.
Voy muy pronto a emprender un largo viaje
y un encargo dejaros he querido...
César ¡Un viaje!
Gab. Sí, estoy libre; me parece
que el portador de la orden habéis sido.
César (¡Ay de mí! La infeliz aún nada sabe.)
Gab. Decidme, capitán ¿me habeis traído
un pliego de Madrid?
César Tomadle.
Gab. Bueno;
guardadle por ahora. En esa carta
de un gran misterio encontraréis la llave.
(A don Rodrigo.)
Vos sois algo curioso, y no me fío
de vos: sois padre y juez; os la confío,
capitán, sólo a vos. Cuando yo parta,
dádsela a vuestro padre y que la lea.
¿Me entendéis? Cuando parta: que no sea
ni un solo minuto antes.
César Os lo juro.
Gab. Vuestra palabra sola es buen seguro.
Además, por si acaso no volvemos
a vernos, pues yo parto con Aurora
del mundo terrenal a otros extremos,
quiero un regalo haceros, en memoria
de nuestro buen encuentro en esta vida,
que os será complemento de mi historia
y prenda de amistad y despedida.
(Gabriel saca del pecho un relicario que lleva al cuello con una cadena.)
Rod. (Esa calma satánica me aterra.)
Aur. (Tiemblo no sé por qué.)
César (No es sér humano
quien así se despide de la tierra.)
Gab. Tomad. Es, capitán, un amuleto
sagrado: don del Papa: un relicario

que un *lignum crucis* venerando encierra
y guarda como el pliego otro secreto.
Con el respeto mismo que a un sagrario
contempladle, y lo mismo que la carta
se le daréis al juez... cuando yo parta.
(A don Rodrigo.)
Abridle sólo vos: es mi conciencia,
y Dios sólo con vos sondarla debe:
en ella echad una ojeada breve
y reconoceréis la omnipotencia.
¡Mas si un soplo hay en vos de fe cristiana,
esperad a que muera, Santillana.)
¡Ea! Ya que se acerca mi partida,
escuchad, señor juez, el cuento extraño
que queríais saber, y por mi vida
que oiréis una historia divertida.

Rod. (Yo tiemblo.)

Gab. Oidme, pues. La escena pasa
no importa el día, la estación ni el año,
de noche, en Setubal, y en una casa.

Rod. (¡Cielos!)

Gab. Temblando estáis si no me engaño,
Santíllana.

Rod. Seguid.

Gab. En hora buena.
En una alcoba cómoda, alumbrada
por una lamparilla perfumada
con asiático aroma, bien ajena
el alma de inquietud y bien guardado
por leales domésticos, el dueño
de aquella rica estancia, descuidado
yacía en brazos de agradable sueño.
Era un hombre harto noble y poderoso
para que no tuviera por asilo
muy seguro su casa y al reposo
se entregaba en su cámara tranquilo.
Una noche creyó, sobresaltado
a pesar de lo doble de la alfombra,
pasos del lecho percibir al lado;
abrió los ojos y miró espantado
trazarse en la pared movible sombra:
volvió la faz y con la faz de seda
se tropezó de un hombre enmascarado.
¡Frío quedó como el cadáver queda!
«Levantaos», le dijo, con acento
imperioso el incógnito; y vistióse
la bata que él le daba. «A ese aposento
salid.» Obedeció y enfrente hallóse

de dos hombres plantados a la puerta,
una dama como ellos encubierta
y un sacerdote pálido, y tenaces
sintió pesar sobre su frente yerta
las miradas ardientes y voraces
lanzadas a su frente descubierta
a través de los negros antifaces.
Entonces de estos hombres el primero,
de la sombría dama el velo alzando,
«¿la conocéis?», le dijo, y él, temblando,
«sí», respondió. «Pues bien, sed caballero»,
repuso el disfrazado; y avanzando,
el grave sacerdote se dispuso
a unirle con la dama en matrimonio,
mientras el de la máscara se puso
a escribir en silencio el testimonio.
El despertado resistirse quiso;
pero su daga el disfrazado al pecho
le presentó y ceder le fué preciso;
firmó, y el matrimonio quedó hecho.
Partió la dama y los demás con ella;
mas quedóse el primer enmascarado,
y dijo gravemente al despertado:
«Tenéis una mujer ilustre y bella,
gracias a mí y a vuestra buena estrella,
que os hizo viudo para ser casado;
la quitasteis la honra, y habéis dado
nombre a sus hijos; mas seguid su huella
y morís, ¡os lo juro, asesinado.»
Dijo así el de la máscara, y partióse
con los demás; y de la casa el dueño
enmedio de la cámara quedóse
dudando si era realidad o sueño.

Rod. Tremenda realidad.

Gab. (Apartándole a un lado.) (Sí, don Rodrigo,
la dama doña Inés; vos, el casado.)

Rod. ¡Y vos, señor!

Gab. El hombre enmascarado.

Rod. Tal vez Dios permitió...

Gab. Lo habíais soñado.

Rod. ¿Y si el sueño es verdad?

Gab. Silencio, digo.
Que ellos no os oigan, que la faz no os vean,
sueño o verdad, que sepultados sean
con vos el sueño, la verdad conmigo.

Rod. Pero mi alma concibe en este punto
que ese arcano fatal guardar podría
una verdad.

Gab. Os dije que era asunto
concluído. Escuchadme: si yo fuera
el rey don Sebastián, morir debía
por la quietud del reino, y mi alma entera
ser mártir a ser rey preferiría.
Si soy un impostor, y perjudico
con mi existencia la quietud de España,
debo morir también; debo una hazaña
de mi impostura hacer, y sacrifico
mi vida a sostener esta patraña
que mi historia desde hoy hará famosa.
¿Me comprendéis?

Rod. Señor, yo no me atrevo,
dudando...

Gab. Ahogad la duda: morir debo,
si no por Sebastián, por Espinosa;
y deben sepultarse, don Rodrigo,
con nos el sueño, la verdad conmigo.
No lo olvidéis. (Vuelven al centro de la escena.)

Aur. ¿No sigues tu leyenda,
Gabriel? No está acabada.

Gab. No pcr cierto:
para leer su conclusión horrenda;
de vuestros ojos quitará una venda
cuando haya el relicario abierto!

ESCENA X

GABRIEL, DOÑA AURORA, DON RODRIGO, DON CESAR, el DOCTOR N. y ALGUACILES. A la parte exterior de la puerta, soldados. Después, el Verdugo

Alg. Las seis.

Gab. Partamos, pues.

Aur. ¡Virgen María!
Gabriel, ¿qué es esto?

Gab. Mi destino, Aurora.

Aur. ¡Tu destino!... ¡Mi mente se extravía!

Alg. El verdugo del rey.
(Anunciando. Se presenta el Verdugo con el dogal en la mano.)

Aur. ¡Dios mío! ¡Ahora
lo comprendo!... ¡Ay de mí!...
(Se desmaya en los brazos de don César, que la coloca en el sillón.)

César ¡Mísera!

Gab. El día

concluye: vamos, pues me faltaría
valor para dejarla si volviera
en sí. Pronto, marchemos.

Doctor (A Gabriel, poniéndose a su lado.)
Vos, conmigo.

Gab. Es inútil.

Doctor Mirad.

Gab. Todo es en vano.

Doctor ¿Sin confesión iréis?

Gab. Há que os lo digo
cuatro semanas ya.

Doctor ¿No sois cristiano?

Gab. Porque lo soy, si a confesarme accedo,
os tendré que decir lo que no puedo.
Velad por ella, capitán: se encierra
en ella sola cuanto amé en la tierra.

Rod. Señor. .

Gab. No os fatiguéis: empresa es vana.
Llegó, rey o impostor, mi último día
y moriré cual debo, Santillana.
Si impostor, con impávida osadía,
y si rey, con fiereza soberana.
(Vase, y todos tras él.)

ESCENA ULTIMA

DON RODRIGO, DOÑA AURORA y DON CESAR

Rod. A concebir mi mente no se atreve
de la verdad el espantoso arcano.
Por ser y por no ser perecer debe,
sí; pero no mi desdichada mano
a ciegas al patíbulo le lleve.
César, dame esa joya.

César Cuando muera.

Rod. Sepamos antes la verdad entera,
César.

César Padre, excusad vana porfía:
con su secreto perecer quería
y he de cumplir su voluntad postrera.

Rod. ¡César!

César Se lo juré.

Aur. (Volviendo en sí.) ¡Ay! ¿Quién hablaba
aquí? ¿Sois vos, don César? ¡Qué terrible
pesadilla!

César (Aparte.) (¡Infeliz!)

Aur. ¡Sí, yo soñaba

sin duda... eran quimeras!... Mas ¡qué horri
[ble
sospecha! Ese silencio... esa tristeza...
¿Qué sucede? ¡Ay de mí! Los pensamientos
no acierto a combinar en mi cabeza.
¿Y Gabriel? Aquí estaba unos momentos
hace. ¿Y Gabriel? decid: ¿dónde está ahora?
¿Dónde está? Yo he soñado que venían
por él. Mas, ¡qué rumor!...
(Ruido de voces dentro; doña Aurora se avalanza a la ventana, que abre, a pesar de don César, que intenta impedírselo.)

César Tened, Aurora;
tened, no os asoméis.

Aur. ¡Ah! Me querían
engañar. (Se asoma.)
Allí va.—Luces, soldados,
gente... ¡ay! yo veo, pero no concibo
lo que veo... me envuelve el pensamiento
una niebla, un vapor calenturiento,
y no sé comprender lo que percibo.
Allí va.—¿Pero dónde se lo llevan
sin mí? Se paran... ¡el afán me ahoga!
¿Qué palos son aquellos que se elevan
allí? ¿Quién es aquel que con él sube?
¿Qué le ponen al cuello?... Es una soga.
¡Dios mío! rasga la sangrienta nube
que me ofusca la mente... un sacerdote.
¡Ah! le van a matar... ¡Desventurados,
deteneos!... ¡Gabriel!... ¡Y yo insensata
que lo miraba estúpida! Malvados,
tened... Las manos sin oirme le ata,
(Volviéndose de repente a don Rodrigo.)
pero vos, ¡miserable! que sois hombre,
venid... gritad... gritad... alma cobarde,
conmigo... ¡Deteneos!—Santillana,
gritad, a mí no me oyen, ¡en el nombre
de Dios! gritad... le quitan la escalera...
gritad.

Rod. Sí, que se salve aunque yo muera.
(Se acerca a la ventana y grita.)
¡En el nombre del Rey!... ¡Ay, es ya tarde!
(Cayendo de rodillas junto a la ventana.)

César ¡Tomad: sepamos la verdad postrera!
(Dando el relicario a don Rodrigo. Don Rodrigo toma y abre con ansia el pliego y el relicario que le da don César. El relicario contiene un papel y un retrato envuelto: el pliego varios papeles. Lo primero que lee

don Rodrigo es el papel del relicario: después registra con ansia los papeles del pliego, y después desenvuelve el retrato; todo con la mayor agitación y ansiedad. Doña Aurora permanece unos momentos de rodillas y se acerca después al grupo que forman don Rodrigo y don César.)

Rod. (Leyendo.)
«En nombre de Dios.—Quien quier que fue-
juez, sacerdote o asesino, pena [res
de excomunión después que le leyeres,
arroja al fuego este papel. El muerto
ha sido el rey don Sebastián.

Aur. ¡A buena
hora lo ves, imbécil asesino!

Rod. Mi firma.—Una escritura... mi contrato
(Registrando el pliego.)
de boda... y esta doña Inés Aldino.
(Desenvuelve el retrato.)

Aur. ¡Mientes! Es de mi madre ese retrato.
(Quitándoselo.)

Rod. ¡Hija mía! (Tendiéndola los brazos.)

Aur. (Rechazándole.)
¿Tu hija?... Eso tan solo
me faltaba.—¡Hija tuya!—Alucinarme
quieres con ese nombre; mas el dolo
miserable comprendo: no lo intentes.
Tú no has podido la existencia darme:
mientes, viejo feroz; dime que mientes.
Tú para que su muerte te perdone
me llamas hija tuya; mas te engañas:
nada hay en mí que tu maldad abone;
para ti sólo hay odio en mis entrañas.

Rod. ¡Hija mía! (De rodillas.)

Aur. ¡Otra vez!—No me lo digas;
no me lo expliques: comprender no quiero
que el sér infame que en tu seno abrigas
me pudo dar el ser: muerta primero.

Rod. ¡Calla, hija mía! (Asiéndola del vestido.)

Aur. Suelta, no me sigas.

Rod. ¡Huyes de mí!

Aur. Por siempre.

Rod. ¿Me abandonas?

Aur. Como a mi madre tú.

Rod. ¿Nada en mi abono
te dice el corazón?—Que me perdonas
dime.

Aur. Mi madre, contra ti, ante el trono
de Dios, venganza pide.

Rod. ¡Horrendo encono!

Aur. Si eres mi padre tú, ¿por qué te extrañas
del infernal rencor que arde en mis venas?
La que tiene tu sangre en sus entrañas,
sólo puede tener sangre de hienas.
Suéltame, pues, de tu sangrienta mano.
Mi padre era Gabriel, y su asesino
y el de mi madre, tú.

Rod. Pero el destino
te une hoy a mí.

Aur. (Despidiéndose de él.)
Lo intentarás en vano;
muerta mejor que a tu existencia unida.
Reniego, huyo de ti; mi ser olvida
y el nombre de hija que tan mal empleas:
y, ¡ojalá que infeliz como ellos seas,
y, ojalá en mi lugar, fiero homicida,
de mi madre y Gabriel, junto a ti veas
la doble aparición toda tu vida!

(Don Rodrigo cae desplomado. Doña Aurora se va por la puerta del fondo. Don César la sigue tristemente. Cae el telón.)

FIN DEL DRAMA

Precio: DOS pesetas